

LA REVISTA DE LOS HIJOS DE LA NOCHE

# REFUGIO BIZARRO



## MUNDOS OLVIDADOS

# REFUGIO BIZARRO II



## MUNDOS OLVIDADOS

Mathew André Meléndez

Yuke Kabula

Ricardo Meyer

Blade Valenz

A.Sinnart

Beatríz T. Sanchez

Quino Suarez

Eddie Hamilton

Pablo Almonacid Martínez

## ÍNDICE

INTRODUCCIÓN: OSCURIDAD, MISTERIO Y ESCAPISMO .....	4
EL PANTANO MUERTO.....	6
EL ÁNIMA DE LA MÁQUINA.....	16
LA MÁQUINA BAJO NUESTROS PIES.....	23
EL EXILIADO .....	39
AIRE LEJANO .....	48
EL TRONO DE KIL.....	55
EL QUE RÍE .....	61
EL TÓTEM DE PIEDRA.....	72
ESA LLUVIA QUE TRAJÓ A LA NOVIA.....	77

# INTRODUCCIÓN: OSCURIDAD, MISTERIO Y ESCAPISMO POR YUKE KABULA

\* \* \*

¡Oh tú, que estás leyendo estas líneas, sé bienvenido a nuestro particular gabinete de extrañezas, donde valerosos héroes y abyectos monstruos desfilan para hacer las delicias de sus honorables espectadores! Primero de nada, me gustaría aludir a la impresionante acogida que ha tenido esta última convocatoria. Hemos recibido innumerables propuestas y relatos, muchos de una gran calidad, aunque, por cuestiones de tiempo y de formato, hemos tenido que realizar una estricta selección. Aún así, quiero agradecer a todos, tanto a los escogidos como a los que se quedaron en la criba. ¡Espero que sigáis apostando por nosotros!

Dicho esto, procederé a entrar en materia con el tema que ocupa al presente número: los mundos perdidos. La creación de lugares y tiempos ajenos y exóticos es una continua a lo largo de la historia de la humanidad. A veces, utilizado como recurso didáctico y moralizante, como es el caso de la Atlántida de Platón; pero, más habitualmente, sirviendo como un medio para el escapismo, para proyectarse hacia realidades diferentes de los anodinos ciclos de la rutina, sea esta la de un adolescente que va al instituto o de un adulto hastiado de su situación laboral. ¿Quién no ha querido alguna vez ser el héroe de un reino fantástico y remoto? ¿O estrangular fieras, acompañando a algún guerrero como el griego Heracles? Estos planteamientos llegan hasta nuestros días, siendo el germen de

grandes héroes, como Conan de Cimmeria o Kull de Atlantis, que dominan a sus oponentes con una fuerza avasalladora, pero también de pícaros como el hiperbóreo Satampra Zeiros, que se adentra en ruinas olvidadas en busca de tesoros y gloria.

Me abstendré de extenderme, ya que el propósito de esta revista no es realizar un análisis contextual, amplio y pormenorizado. O, al menos, no lo es en este número. De hecho, es buen momento para mencionar que, en las próximas entregas, tenemos la intención de diversificar, aceptando ya no solo relatos, sino también textos académicos y divulgativos e incluso materiales de rol. Eso sí, teniendo siempre en cuenta que la narrativa sigue siendo el foco principal de esta revista.

Algo más a lo que me gustaría aludir, ya a modo de cierre, es que, hoy mismo y junto con este segundo número, estrenamos la antología lovecraftiana de ambientación japonesa «Tirano del Sol Naciente», disponible en la tienda de Amazon y pronto en comercios locales de varias ciudades españolas. ¡Espero que sea de vuestro agrado!

Dicho esto, os invito a atravesar este umbral. Que cada página os lleve a tierras ignotas y os sumerja en relatos que desafíen la lógica y aviven la imaginación. Preparaos para la aventura, para lo insólito y lo imposible, porque lo que sigue es un viaje hacia lo desconocido. Bienvenidos, exploradores de lo extraño. Que comience el espectáculo.

# EL PANTANO MUERTO

## POR MATHEW ANDRÉ MELÉNDEZ

*Un hombre olvidado busca desesperadamente a su amada, Aquella que nunca olvida, contando en su travesía, con la ayuda de un Sol Sonriente. Sin embargo, sobre sus cabezas pende una amenaza: aquel conocido como «el Terrible» ha puesto un atractivo precio por sus vidas. Sangre y odio han marcado las últimas horas; pero ahora, el Olvidado, dormido sobre la espalda del Sol Sonriente, viaja en sueños hacia el encuentro con su amada.*

\* \* \*

Una cascada tranquila, azulina y limpia, casi como un espejo. Tolker y Renalcia habían encontrado en ella un lugar donde descansar sin temor de ser atacados por nada ni por nadie.

—Este sería un buen lugar para relajarse —dijo Renalcia, quitándose sus guantes de metal.

Tolker, *el Olvidado*, se quitó el casco y los guanteletes de acero que portaba, procediendo a agacharse junto al agua de la cascada, tomando hasta saciar su sed. Renalcia, *Aquella que no olvida*, hizo lo mismo, pero con mayor tranquilidad.

—Hacía semanas que no sentía un agua tan limpia pasar por mi garganta —dijo el Olvidado.

Renalcia dirigió su mirada al agua, notando un leve, pero constante movimiento en ella.

—Estoy segura que aquí tiene que haber peces —afirmó con determinación—. Tolker, pásame mi espada.

—Con gusto.

Tolker sujetó la espada por la hoja para ofrecerle el mango a Renalcia. Ella permaneció inmóvil, aguzando los sentidos. De repente, algo captó su mirada.

Con un movimiento preciso, hundió su espada en el agua, atravesando una forma esquivada que se deslizaba ágilmente bajo el agua. La sangre de aquella presencia manchó el agua.

Pero en unos simples segundos, aquello que simplemente era una mancha pequeña, se expandió rápidamente, convirtiéndose en una gran laguna roja, de la cual salían otros peces ya muertos. Y, de entre las aguas turbias, una figura colosal y oscura emergió con un salto. Su silueta era inestable, cambiando a cada instante: primero pareció un enorme pez negro nunca visto antes, pero en un parpadeo tomó la forma de un hombre alto, cubierto por una armadura maciza que parecía absorber la luz a su alrededor. Antes de que Renalcia pudiera reaccionar, el desconocido atrapó su brazo y lo torció, casi rompiéndolo en el proceso.

—¡Tolker! —gritó ella, su voz quebrando el aire.

El Olvidado, al ver a su amada en peligro, saltó blandiendo su espada contra aquel hombre. Sin embargo, el atacante fue más rápido, dándole un puñetazo en la cara a Tolker antes de que pudiera alcanzarlo, haciéndolo volar contra un tronco, haciendo que se golpee contra él. Aturdido y magullado, tan solo pudo mirar con impotencia cómo el suelo parecía engullir a Renalcia, arrastrada por su captor.

—¡¡¡Tolker!!! —gritó con desesperación Aquella que no olvida.

El Olvidado corrió en su ayuda, pero fue tarde. Renalcia había desaparecido sin dejar rastro alguno. El hombre vuelve a hacer acto de presencia, dándole un mensaje a Tolker.

—Ella servirá de mucho en las filas de Ulskars, y tú, hombre olvidado, no eres nadie para impedirlo.

Tras su declaración, desenvainó un sable imponente, dispuesto a acabar con él. Tolker se preparó para contraatacar. El hombre alza su espada y ataca a Tolker, pero este esquiva el ataque rodando a la izquierda, para luego tomar su espada y su escudo, y cuando ya estaba preparado, da un salto hacia el hombre con una rabia incontenible, atacando con su espada. Sin embargo, al asestar su golpe, su filo no encontró carne ni hueso, sino algo distinto... un tejido grueso y opresivo, similar a la tela. En un instante, la resistencia cede y Tolker se desploma, sin comprender qué ha sucedido ni dónde se encuentra, sintiendo que su cuerpo se estaba humedeciendo por el agua del lugar.

—¿Sucedo algo, hermano? —pregunta Alkar, *el Sol Sonriente*, mirando con confusión a su pequeño acompañante.

—¿¡Qué hiciste!?! —replica Tolker, mirando con rabia al gigante.

Alkar sonr3 con calma.

—Te puse en un saco de dormir y te cargué sobre mi espalda. Avanzamos un poco y acabamos llegando a este pantano, pero ten cuidado, pues vamos al lugar donde reside Ulskars.

Tolker sacude la cabeza con disgusto y, al hacerlo, dándose cuenta de por medio que no tiene puesto su casco. Mira enfadado a Alkar, quien levanta al Olvidado para poder darle su casco, hasta que escuchan un sonido metálico, el cual parecía cortar el aire. El Olvidado alza su escudo justo a tiempo para detener el proyectil que buscaba su vida: una lanza de metal, unida a una larga cadena soldada en la base del mango. Al percatarse de la amenaza, Tolker responde con furia, lanzando su espada hacia el lugar donde debe ocultarse su atacante. Sin embargo, este se mueve con rapidez, esquivando el filo y levantando una imponente ballesta, la misma arma que había disparado aquella lanza encadenada.

Alkar corre directamente hacia aquel atacante y, dando un salto gigantesco, aterriza cerca de él, haciendo que el suelo temblase en casi todo el lugar y alterando a varios seres que estaban presentes en la zona. El Sol Sonriente aprovecha la oportunidad para observar detenidamente a su atacante. Se trata de una mujer, ataviada con una vieja pechera dorada y unas pesadas grebas acorazadas. Esto contrasta notablemente con el hecho de que su cintura tiene por única protección un ligero taparrabos. Por otro lado, sus brazos están adornados con brazaletes rojos, y su rostro permanece oculto tras un yelmo que tan solo deja a la vista su boca y parte de la mandíbula, el cual tenía unos cuernos finos pero largos.

—¿Quién eres y qué quieres de nosotros? —pregunta Alkar.

La mujer toma un cuchillo y se reincorpora rápidamente, vigilando que nadie se acerque a ella por la espalda.

—Espera un momento... tú no eres como él —dice la mujer, antes de dar un salto de manera rápida hacia su izquierda, esquivando el golpe que Tolker intentaba propinarle con el escudo— ¡Oye! ¡Cálmate! No voy a intentar nada raro, ya he visto que no son aquel a quien busco.



La mujer retrocede lentamente, esperando a que el Olvidado se relaje y deje de intentar atacarla. Viendo que ella guarda su arma, Tolker decide calmarse y decide ir a recuperar su espada, para luego volver junto al Sol Sonriente.

—Volveré a preguntar ahora que estamos más tranquilos —dice Alkar, dirigiéndose a la desconocida—: ¿Quién eres y qué estás buscando?

La mujer duda antes de dar una respuesta.

—Mi nombre es Silxirr. Silxirr, la Lámpara Trampera. Mi objetivo es cazar a un demonio peligroso.

—¿Qué clase de demonio? —pregunta Alkar.

—Es un ser poco conocido y las veces en las que fue visto son pocas, tanto por estos lares como por muchos otros —explica ella—. Se trata de un demonio sansón de cola negra, un ser capaz de alterar no solo su cuerpo, sino también todo lo que lo rodea. Teniendo en cuenta las cosas que llegan a hacer esas criaturas, es muy peligrosa y se debe matar lo más antes posible. Una de esas cosas mora este pantano, y ya se llevó más de alguna vida humana.

—Entiendo, pero, ¿Cómo podremos saber que está cerca? —Insiste el Sol Sonriente.

—Cualquier cosa extraña que suceda a nuestro alrededor puede indicar que está cerca. Eso es todo. No he podido identificar un modus operandi concreto.

La Lámpara Trampera mira a su alrededor, inquieta por la probabilidad de que el demonio esté cerca. Sin embargo, Tolker resta importancia a sus preocupaciones y sigue adelante, ignorando la mirada decepcionada de Alkar encima suyo. Es entonces cuando nota un leve desnivel en el suelo. El Olvidado mira hacia abajo, descubriendo una pequeña estructura cuadrada, la cual sobresalía del suelo de una forma antinatural. Tolker da unos pocos pasos hacia atrás, tratando de examinarlo con más atención. La forma termina de emerger, revelándose como un pilar de mármol, con colores grises oscuros. De una de sus esquinas se abre un portal y, de su interior, surge un brazo inhumano que, con violencia, atrapa a Tolker por el cuello y lo estrella contra el poste, haciendo gala de una fuerza descomunal.

Silxirr al presenciar aquello corre hacia aquel lugar, levantando a Tolker y apuntando con su gran ballesta a todos lados, en busca de su enemigo.

—¡Está aquí! —exclama la Lámpara Trampera.

Viendo esta situación, Alkar se acerca con cuidado, hasta que siente que el piso está subiendo, lo cual no le da tiempo a reaccionar a lo que iba a suceder. De golpe, un pilar aún más grande que el anterior, mandando al gigante a volar. El Olvidado y la Lámpara Trampera observaban la escena cuando, de repente, otro pilar emerge del suelo. Este también abre un portal, pero ahora deja ver lo que parece una figura humana, aunque distorsionada de una forma inconcebible. Parece un hombre demacrado, con las costillas y los órganos expuestos al aire. Sus brazos, grotescamente alargados, terminan en filos a la altura de los codos, y sus piernas, largas y esqueléticas, sostienen unos pies descalzos con garras afiladas en lugar de uñas.



De su cintura se extiende una cola de tamaño descomunal, comparable a la altura de un hombre; y su cabello, tan largo que llegaba hasta las rodillas, oculta parcialmente su rostro. Bajo esa cortina de pelo, su piel putrefacta deja ver una sonrisa antinatural, abierta de oreja a oreja, y unos ojos de mirada tan penetrante que parecen perforar el alma.

Al ver aquella aberración, a la que identificó como el demonio sansón, Silxirr procede a apuntar con su ballesta y disparar, alcanzando el cuello de la criatura. Sin embargo, la criatura se limita a tomar la lanza y a sacarla de su cuello, quitándola como si apenas fuese una simple astilla

—¿Después de tantas veces que lo hiciste, sigues intentándolo? Necia —dice el demonio, disparando con fuerza la lanza hacia Tolker.

Tras bloquear rápidamente con su escudo, el Olvidado se abalanza contra el demonio sansón, intentando cortarlo con su espada, pero un pilar sale del suelo y le golpea en su estómago, frustrando su ataque y dejándolo a merced de su enemigo, que lo arroja contra la Lámpara Trampera de un solo puñetazo. Silxirr esquiva a Tolker, para luego dar unos cuantos saltos hacía atrás mientras recarga su ballesta.

—Puede que en tus pensamientos pudieses herirme con esa ridiculez, pero recuerda que no estamos en ellos. —se burla la aberración.

Una estructura emerge de un árbol, golpeando el costado de Silxirr y dando tiempo a que el demonio entre en un portal. Desde la misma barra que golpeó a la Lámpara Trampera, un brazo demoníaco la atrapa de su cabeza y la estrella contra el metal. El demonio reaparece, listo para pisar su cráneo, pero Tolker salta sobre él, aferrándose a su espalda y golpeando con su escudo el cuello de aquel ser. La criatura intenta sacudírselo, pero Tolker resiste, aumentando la intensidad de sus golpes.

Un pilar emerge de otro árbol, golpeando a Tolker en la espalda. Sin embargo, incapaz de apartarse a tiempo, el demonio se ve alcanzado por su propio ataque, perdiendo el equilibrio y cayendo al suelo. Antes de que pueda levantarse, una luz amarilla desciende desde el cielo: es Alkar, que aterriza con tal violencia que hace temblar el pantano entero, ahuyentando a las criaturas cercanas. Sin darle respiro, Alkar pisa varias veces al demonio, antes de propinarle una brutal patada que lo propulsa hacia la distancia, llevándose por delante varios troncos.

Cuando Alkar avanza para rematarlo, un poste brota del suelo junto con un portal, del que emergen unas manos putrefactas que lo atrapan y arrastran. Silxirr intenta reaccionar, pero otro pilar hace lo mismo con ella. Tolker, al ver esto, esquivo un tercer pilar con un salto atrás y rueda por el suelo para evitar las barras que emergen de los árboles. Pero el demonio aparece de un pilar, lo atrapa y lo estrella contra otra estructura antes de arrojarlo contra una barra que le impacta en la pelvis.

Dolorido, Tolker apenas se pone en pie cuando el demonio se abalanza contra él. Un portal se abre en la barra, absorbiéndolos a ambos y lanzándolos en un abismo oscuro y misterioso, en el que tan solo se observan unas misteriosas torres que parecen desdibujarse en la lejanía. Tolker reacciona a tiempo, golpeando a la criatura con su escudo y se zafa, logrando amortiguar la caída con esfuerzo. Al incorporarse, esquivo un pilar que lo intentaba golpear en el costado y otro que surge del suelo. Cuando una barra iba a golpear al Olvidado en la cabeza, Alkar y Silxirr aparecen, dándole la oportunidad al Sol Sonriente de golpear con mucha fuerza aquella estructura, quebrándola en miles de pedazos.

Los pilares ahora forman un círculo, creando innumerables portales de los que emergen unas manos amorfas que solo buscan despedazarlos. Entre golpes y esquivas, las extremidades demoníacas son cortadas y destrozadas. Tolker

atrapa una de ellas y, con todas sus fuerzas, tira de ellas hasta sacar al demonio de su escondite, teniendo una desagradable sorpresa.

Su apariencia es ahora aún más abominable: una boca repleta de miles de dientes se extiende desde su ombligo hasta uno de sus múltiples rostros, cubiertos por cientos de ojos de distintos tamaños y formas. Sus costados se han vuelto una maraña incognoscible, dominada por más de treinta brazos que se retuercen como serpientes.

Silxirr dispara su arpón a una de las cabezas de atrayéndolo hacia ella. El demonio se libra, y trata de abalanzarse sobre la Lámpara Trampera, pero de inmediato es interceptado por Alkar, que de un simple golpe lo manda a volar contra sus propios postes, destruyéndolos en el proceso.

El Sol Sonriente trata de continuar con su ataque, pero el demonio reacciona a tiempo, sirviéndose de uno de sus pilares para empujar a Alkar directamente hacia el otro lado de un portal, sacándolo de aquella dimensión abisal y devolviéndolo a la ciénaga en que se encontraban momentos antes. Dándose cuenta del ardid, el gigante trata de regresar, pero, para su frustración, aquel umbral mágico desaparece antes de que pueda volver a entrar. El Olvidado y la Lámpara Trampera observan esto con terror, dándose cuenta de que el demonio ha conseguido separarlos de su principal defensor.

—Bien, tenemos las condiciones perfectas para que el juego sea divertido.

Los dos guerreros se colocan de espaldas entre ellos, cuidándose, mirando a todos lados, tratando de asegurarse de que la criatura no pueda atacarlos por sorpresa. La Lámpara Trampera se separa un poco del Olvidado para guardar su ballesta, y, tomando dos objetos que llevaba con ella, empieza a hacer algo con ellos. Un sonido se escucha en la inmensa y horripilante oscuridad, similar al rugido de la más feroz de las bestias. Tolker se da la vuelta, buscando la procedencia del estruendo, adoptando una posición de combate, mientras Silxirr sigue intentando hacer algo. La oscuridad empieza a desvanecerse, revelando la horripilante forma que ha tomado el demonio.

Una aberración gigantesca, formada por miles de brazos retorcidos que simulaban patas, con cientos de bocas esparcidas por su abominable cuerpo y dos ojos similares a los de un caracol, la cual avanzaba poco a poco. Es entonces cuando Silxirr revela lo que ha estado haciendo: con un pequeño mechero, ha conseguido encender una lámpara, cuyo resplandor cegador parece abrasar la

piel del demonio. Mientras la aberración se retuerce de dolor, Silxirr recita una plegaria en voz alta.

—¡Oh, Dios de las Lámparas, se nuestro guía en los caminos oscuros, nuestros ojos que luchan contra la oscuridad, nuestra lámpara en medio del abismo! ¡Oh, Dios de las Lámparas, dame la fuerza para poder purgar a esta criatura impura y enfermiza, para que su terror deje de esparcirse por estas y por todas las tierras! ¡Oh, Dios de las Lámparas, alabado seas tú y tu gloriosa luz!

El demonio retrocede lentamente, mientras su piel se derritía lentamente bajo la luz que irradiaba la lámpara de Silxirr. Finalmente, los ojos del monstruo, hinchados y enrojecidos, acaban explotando, quedando el ser privado de la vista. Silxirr al notar esto, apaga su lámpara y da la oportunidad a Tolker de que se dirija hacia la criatura y le corte varias de sus extremidades. Por su parte, la Lámpara Trampera apunta a la cabeza, disparando su lanza e hiriendo al demonio de gravedad. Ya parece que el combate está ganado, pero un grito aterrador hiela la sangre de los guerreros. El monstruo comienza a moverse de forma errática y, antes de que se den cuenta de lo que está sucediendo, un pilar aparece atrás de ellos, junto con uno de esos tantos portales que aparecían en las esquinas, succionando a Tolker y a Sixirr. El abismo oscuro y aquellas distantes torres desaparecen tras el umbral, dando paso nuevamente al familiar paisaje del pantano. El demonio sansón los ha expulsado de su aterradora dimensión, aunque algo les dice que la lucha no ha terminado.

Al ver a sus camaradas emerger del portal, Alkar se reagrupa con ellos y se pone en guardia, esperando que el demonio reaparezca en cualquier momento para acabar con él. Pronto, su intuición prueba ser acertada: la criatura emerge nuevamente, regenerada al completo, y adoptando su concepción inicial. Lleva una cimitarra en mano, lista para segar las vidas de sus enemigos. Sin embargo, su ataque se interrumpe de forma inesperada: una voz procedente de algún lugar a sus espaldas parece llenar el aire. Es, una voz tranquila, suave, casi andrógina, pero cargada de un horror inefable e incomprensible.

—Trone, ¿De nuevo malgastas tu preciado tiempo matando personas al azar y peleando contra una Lámpara Trampera? Eres una decepción.

Detrás del demonio se ha formado una figura de gran estatura, de rostro cuyo rostro, aunque de facciones elegantes y delicadas, está marcado por el vil beso de la podredumbre.

—Mi señor Ulskars, estaba quitando de en medio a... ciertos enemigos Estos tres me parecieron peligrosos.

Ulskars arquea su deteriorada ceja.

—Interesante, yo lo único que veo es a un tipo vulgar y corriente, a una insignificante Lámpara Trampera y... —Ulskars pierde su sonrisa levemente al cruzar la mirada con Alkar.

La presencia del gigante parece despertar una aversión sin igual en Ulskars, que se prepara instintivamente para el combate. La tensión se vuelve tan densa que casi parece que, en cualquier momento, todo fuese a estallar.

—Tú... Eres Ulskars —interviene Tolker— ¡Tú me devolverás a mi amada, ¡¡¡Lo quieras o no!!!

El Olvidado se abalanza sobre el Terrible con una furia atroz. Todo pasa muy rápido. Un golpe, sangre. Todo da vueltas. Tolker sacude su cabeza y se prepara para volver al ataque, pero entonces se da cuenta de que se encuentra en brazos de Alkar, que lo sujeta con firmeza.

—Dame un momento, quiero intentar adivinar, denme un rato. ¿Es Mirka? ¿Treilai? ¿Quizás Qurico?... ¡Tantos nombres! Creo que no podría saber quién sería —Se mofa Ulskars—. No importa seguramente no es nadie importante. Aunque, viendo que te comportas como un animal, supongo que eres el amado de esa tal... Renalcia. Ustedes son igual de idiotas, salvajes e irracionales. Tal vez te podría reunir con ella, pero creo que no ganaría nada con ello, no me eres útil. De hecho, creo que serías una molestia. Una patética y desagradable molestia.

Tolker intenta soltarse de Alkar, pero este lo mantiene a raya para que no vuelva a lanzarse imprudentemente contra su enemigo. Ulskars mira a Trone, el demonio sansón, para luego hacerle una señal. Este se limita a asentir, comprendiendo los deseos de su señor. Conjurando un portal, las dos figuras tenebrosas abandonan la escena. El Sol Sonriente suelta al Olvidado, y este reacciona dándole una patada en el pie a su compañero, lleno de rabia.

—¡Lo tenías en el punto de mira! —ruge Tolker— ¡Lo tenías, y lo dejaste escapar! ¡¿No intentabas ayudarme?! ¡Lo tenías a tiro, imbécil, tendrías que haberlo matado!

—No podía arriesgarme a pelear contra él, hermano —contesta Alkar—. Probablemente tendría a alguien más cubriéndole las espaldas.

Apretando sus puños, Tolker grita de manera enfadada, yendo con el árbol más cercano, para luego golpearlo con su escudo. Lo golpea con rabia, con insistencia, hasta que el tronco parece comenzar a ceder. Al presenciar esto, Silxirr, que había estado guardando silencio, decide soltar unas palabras.

—He visto lo que pasó, así que pienso ayudarles a derrotar a ese tal Ulskars. Matamos al demonio Sansón y, ya de estar, también acabamos con ese bastardo. ¿Qué os parece?

Alkar sonríe, sabiendo que ha encontrado un nuevo aliado en su camino. Sin embargo, el Olvidado no comparte su entusiasmo y, sin perder tiempo, busca un camino por el que salir de aquel lugar. Silxirr, al notar su urgencia, se acerca y le posa una mano en el hombro.

—Por mucho que estés enfadado, esa no es razón para abandonar a los demás, ¿sabes? Si lo que quieres es luchar solo, sin duda acabarás muerto, ¿es eso lo que quieres? ¿No te parece más conveniente que vayamos juntos, como un equipo?

Tolker guarda silencio. Su casco oculta cualquier emoción con la poca iluminación que tiene en sus ranuras, pero en lugar de apartarse, se acerca más a Alkar. La Lámpara Trampa y el Sol Sonriente comprenden el mensaje sin necesidad de palabras y, con un mismo propósito en mente, avanzan juntos. Su objetivo es claro: acabar con Ulskars.

Continuara...



# EL ÁNIMA DE LA MÁQUINA

POR YUKE KABULA



## **Venus de las Montañas Pirenaicas**

**Objeto:** Venus paleolítica

**Procedencia:** Pirineos Centrales, Europa Occidental

**Datación:** 25,000 - 20,000 a.C. (Paleolítico Superior)

**Material:** Calcita tallada

**Dimensiones:** Altura: 15 cm; Ancho: 6 cm; Profundidad: 5 cm

**Peso:** 1.2 kg

## **DESCRIPCIÓN**

Esta figura estilizada representa una figura femenina característica del arte paleolítico, con atributos exagerados que simbolizan fertilidad, abundancia y continuidad de la vida. Sus formas voluptuosas –senos prominentes, caderas anchas y ausencia de detalles faciales– reflejan el enfoque en la función simbólica sobre la representación anatómica. Lo más llamativo, sin embargo, es su aparente acefalía, aunque contando con un rostro o máscara situado a la altura del pecho.

## **HALLAZGO Y CONTEXTO**

Descubierta en una cueva de difícil acceso por un equipo liderado por el curador Algernon Harris, esta Venus fue encontrada entre herramientas líticas y huesos de animales. Las condiciones climáticas de la región y el aislamiento de la cueva ayudaron a preservar su delicada estructura. Se considera un ejemplo temprano de arte portátil que pudo tener un



propósito ritual o espiritual. Dada la proximidad geográfica, puede tener alguna relación con un culto vascón primitivo que también veneraba al Chaugnar pirenaico.

### **SALA DE EXHIBICIÓN**

Ubicación: Sala de Arte Primitivo y Culturas Originarias, Museo de Bellas Artes de Manhattan

Contexto museográfico: En una vitrina central, rodeada por artefactos contemporáneos como utensilios de caza y grabados rupestres, la Venus se exhibe en un espacio diseñado para evocar la penumbra de una cueva paleolítica.

### **ANÉCDOTA CURATORIAL**

Traída al museo como parte de una colección arqueológica extraordinaria que consolidó la reputación de Algernon Harris como curador, la Venus se ha convertido en una de las piezas más emblemáticas del Museo. La expedición que la recuperó enfrentó desafíos extremos, incluyendo la pérdida de miembros y lesiones graves entre sus participantes, lo que realza la épica historia detrás de su descubrimiento.

### **NOTAS DE INTERÉS**

- Este tipo de figuras es frecuente en Europa Occidental, aunque las características estilísticas sugieren una posible influencia regional única en los Pirineos.
- Las Venus paleolíticas se asocian comúnmente con creencias mágico-religiosas, siendo símbolos de protección o fertilidad en comunidades nómadas.
- Estudios recientes han revelado rastros microscópicos de pigmentos rojizos, sugiriendo que pudo haber estado pintada en origen.

**Inv. No.: PAL-1930-07-03**

**Donación: Expedición de Harris, 1930.**



¡La noticia que nadie se ha atrevido a retransmitir! Grupo de senderistas encuentra en una caverna lo que inicialmente confunden con los restos de un helicóptero estrellado. Sin embargo, un análisis más exhaustivo revela que se trata de lo que parece ser el cadáver de una extraña entidad, recubierta por placas de un metal desconocido. Al tratar de retirarlas, se revela que están unidas al cuerpo por lo que parece ser una maraña tubos y cables, que vuelve imposible discernir su verdadera apariencia.



La masa carnosa está surcada por vasos sanguíneos y parece respirar o palpar. Al tocarla, convulsiona y, por siete orificios situados en la base de su cuerpo, comienza a expulsar unas esferas luminosas dotadas de miembros similares a los de las arañas. Las criaturas se encaran a los exploradores, que se ven obligados a abandonar la caverna.

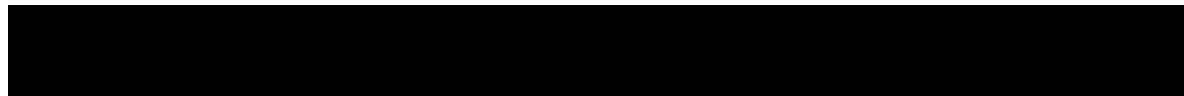
Aún asustados, llaman al 112, informando de la presencia de un «animal extraño» (sic) cerca de la posición en que se encuentran. Tras dar las coordenadas, les piden que permanezcan en la zona, por si se da la circunstancia de que puedan prestar alguna ayuda. El helicóptero

tarda aproximadamente una hora. Cuando bajan los agentes del Servicio de Protección de la Naturaleza (SEPRONA), piden a los senderistas que les conduzcan hacia el lugar donde han encontrado a aquel «animal». Cuando lo ven, rodeado por los extraños arácnidos, dos de los agentes parecen disertar sobre un asunto confidencial para, a continuación, proceder a realizar una llamada. Tras esto, se invita a los senderistas a abandonar la gruta y continuar con su paseo; cabe decir que el hallazgo ha sido encubierto y que nada más se ha vuelto a saber sobre él.

Debemos agradecer a uno de los senderistas (al que, por ahora, llamaremos M.) por facilitarnos la información. Nuestro editor, el señor Teja, teoriza que, dada la ubicación en que se ha dado este descubrimiento, puede estar conectado con otro

que llegó a nosotros, nada más y nada menos que en el primer año de nuestra revista. Este aludía a la aparición de un pequeño templo del dios elefante *Chagnafón*, también en la zona del Pirineo Vasco, según fue documentado por el antropólogo Giordano Vitale.

Espada, A. (2019) Encuentran en el Pirineo Vasco entidad biomecánica ancestral y desconocida. *Revista Shangri-La* 93, N. 23.



*Madre herrumbrosa*  
*Tendida en su lecho*  
*Prole hermosa*  
*Hijos del despecho*  
*Traednos la luz*  
*Traed el progreso*  
*Al mundo impuro*  
*Al mundo perverso*

¡Oh Venus Pnaklendorf! ¡Ten piedad de nosotros, perdona el sacrilegio de tu cuerpo! ¡Que tu útero que hemos profanado alumbró una prole abundante y que nos señale el camino hacia un futuro resplandeciente! ¡A un futuro donde la marca del Pecado Original revelado por Zhao-Liao-Tindalos se haya desvanecido de nuestro cuerpo! ¡Ave, Venus del Hierro! ¡lä, lä, Pnaklendorf!

Anónimo (2004) *Los Manuscritos de Olleros*, Agarthá ediciones.



Estimado señor Vitale:

Me alegra enormemente saber nuevamente de usted, y más en estos momentos en los que el confinamiento por la COVID19 nos tiene desconectados del mundo. Sé lo que dirás, que exagero, que hoy día con las redes sociales ya no es lo mismo, aunque también entenderás que para un anciano como yo no es sencillo adaptarse a estas modernidades.

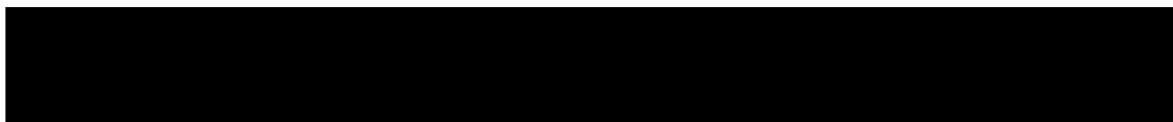
En fin, creo que estoy divagando. Me gustaría transmitirle mi más profunda gratitud, ya que la información que me ha hecho llegar me ha resultado cuanto menos interesante. Cuando el año pasado publicamos aquel extraño artículo sobre la criatura de los Pirineo, desconocía por completo la existencia de esos «manuscritos de Olleros» que me mencionó. Debería sentirme profundamente avergonzado de que haya tenido que venir un extranjero como usted a revelarme la existencia de un texto gestado tan cerca de la tierra que me vio nacer. Pero bueno, supongo que esto no es sino una prueba más de los amplios conocimientos que usted tiene sobre la materia.

Me ha resultado llamativo cómo la criatura que encontraron parece corresponderse con esa «Venus del Hierro» mencionada en el libro en el que el profesor Hidalgo Pintado tuvo la bondad de transcribir el contenido de los manuscritos, evitándonos la molestia de descifrar la torpe caligrafía en la que están redactados. Es por ello que no puedo sino mostrar mi preocupación. El hecho de que esa entidad haya venido desde aquello que conocen como «Pnakotus» no puede ser de ninguna forma buena señal, parece más bien el cumplimiento de alguna funesta profecía.

Sé lo que me dirás, que crees que me estoy poniendo paranoico. Y puede que así sea, al fin y al cabo, pasar tanto tiempo encerrado en casa no le está haciendo ningún bien a mi mente. Espero que pronto concluya este maldito confinamiento y poder retomar mi ritmo de vida habitual.

Suyo siempre,

Leopoldo Teja Suarez.



# Diario de Fontenebra

**Revolución tecnológica.** Así describe Elliot Fisk, C.E.O. de Edison la puesta en marcha de su nuevo superordenador, al que han bautizado como «Pnakotus12» en honor al mundo extraterrestre que aparece en los escritos del autor de terror y ciencia ficción Howard Phillips Lovecraft. En palabras de sus creadores, escogieron este nombre porque, al igual que la biblioteca que existiría en dicho lugar ficticio, el Pnakotus12 tiene suficiente potencia para contener «todos los saberes del universo conocido y por conocer».

Por miedo a posibles filtraciones, la construcción de este artefacto ha sido llevada a cabo en el más absoluto de los secretos y tan solo unas pocas personas elegidas a dedo por el C.E.O. han podido contemplar en persona la máquina. En la rueda de prensa tan solo se ha respondido a unas pocas preguntas, algunas de ellas pactadas de antemano

¿Estará el superordenador Pnakotus12 a la altura de las expectativas proyectadas por sus creadores? Solo el tiempo lo dirá.

Santos Azcárate, A. (2021) La empresa Edison anuncia la puesta en marcha de un nuevo superordenador. *Diario de Fontenebra*.



Un trabajador de Edison es detenido en la sala del superordenador Pnakotus12. Había accedido a ella y presumiblemente se disponía a llevar a cabo alguna clase de espionaje industrial o sabotaje. Sin embargo, en el momento en que las autoridades llegaron, el sospechoso se encontraba sentado en el suelo, con las manos en la cabeza y aparentemente sufriendo un ataque de ansiedad. Apenas se resistió cuando fue detenido.

Mientras era sacado del recinto, fuentes de nuestra revista aseguran que se limitaba a gritar cosas inconexas, sin duda a causa del estado de excitación en que se encontraba. Una de nuestras fuentes recogió las siguientes declaraciones:

«¡Está viva! ¡Esa máquina está viva! La esfera brillante... ¡por Dios! ¡Decidme que no soy el único que la ha visto!»

Espada, A. (2021) Trabajador de Edison y presunto topo es detenido junto al Pnakotus12. *Revista Shangri-La* 93, N. 48.



El presente documento es **confidencial** y está destinado exclusivamente a la persona o entidad a la que se le ha entregado. Cualquier divulgación, distribución o reproducción no autorizada del contenido de este documento está prohibida. El contenido aquí reflejado es propiedad exclusiva de [REDACTED] y no puede ser compartido ni utilizado sin el consentimiento previo por escrito de [REDACTED]. Si usted ha recibido este documento por error, por favor notifíquelo inmediatamente y elimine el documento de su sistema. Gracias.



# LA MÁQUINA BAJO NUESTROS PIES

POR RICARDO MEYER

*Nec deus intersit, nisi dignus vindice*

*nodus*

*Horacio*



Aquí estoy, en mi natal Puerto Varas, disfrutando de unas vacaciones y celebrando la Nochebuena. Mi familia está reunida en la otra sala, cenando, y pronto me llamarán para que me una a ellos. Sin embargo, todo lo que viví en Nueva Baviera no me permite pensar en otra cosa.

Me llamo Allan Vargas Schnettler. Estudié Ingeniería Comercial en la Universidad Austral de Chile, y mi sueño siempre fue tener un emprendimiento dedicado a los videojuegos y los artículos geek. En 2023 tomé la decisión de arrendar un local en un pueblo cercano para abrir mi tienda. Ese pueblo es Nueva Baviera, situado a unos treinta minutos de Puerto Varas. No tengo nada negativo que decir de Nueva Baviera; su gente irradia una calidez que parece haberse perdido en otros rincones del mundo. Fue allí donde conocí a Eric Krause, quien más tarde se quitaría la vida.

Debo ser honesto: la muerte de Eric no me afectó tanto como podría esperarse, a pesar de que llegamos a construir una amistad genuina. Lo que más me dolía era la inquietante posibilidad de que, tal vez, Eric intentó advertirnos de algo que él sabía y nosotros no quisimos o no supimos escuchar.

Cuando lo conocí, Eric acababa de regresar de Europa. Pertenecía a una de las familias más respetadas de Nueva Baviera, aunque él siempre parecía ser la oveja negra. En sus últimos años se dedicó a escribir ficción de horror o, como insistía en llamarla, «ficción bizarra». De vez en cuando me mostraba algunos de sus textos, y yo era incapaz de discernir si lo que leía era producto de su imaginación o si escondía retazos de verdad.

Pero no estoy aquí para hablar de eso, sino para dar mi declaración sobre los hechos que viví durante las dos primeras semanas de diciembre. Son hechos que, hasta el día de hoy, no me permiten descansar con la conciencia tranquila. Diciembre había comenzado, y yo me encontraba en mi tienda. Decidí inaugurar la temporada navideña con entusiasmo, decorando cada rincón con parafernalia alusiva a la época. Además, como homenaje a un relato de Eric titulado «Yule», coloqué un póster del Saturno devorando a su hijo de Goya, al que añadí un gorro navideño.

Era mi turno de la mañana, pero todo avanzaba con lentitud: no había clientes. Me resultaba extraño, casi desconcertante, que el flujo habitual de visitantes hubiese disminuido notablemente. Lo más curioso era que, en general, mis clientes habituales eran niños y adolescentes aficionados a los videojuegos, quienes solían venir todo el año, aunque fuera solo para mirar los Funko Pop o soñar con productos que tal vez sus padres no podían permitirse. Sin embargo, en esta temporada, ninguno de ellos aparecía.

De repente, entró uno de los padres que frecuentaba el local para comprar videojuegos a sus hijos: el señor Maximiliano Schmidt.

—¡Eh, don Maximiliano! —exclamé—. ¿Cómo le va?

Noté que el distinguido hombre no respondió de inmediato. En cambio, se quedó inmóvil, observando con expresión perpleja el póster del Saturno de Goya con el gorro navideño.

—¿No te parece desatinado colocar eso, especialmente con todo lo que está pasando? —dijo con seriedad, firme y directo.

Algo confundido, bufé ligeramente antes de contestar:

—Es el Saturno de Goya. Al principio también dudé si ponerlo, pero luego recordé las referencias a las Saturnales y...

—¿Te parece apropiado exhibir a un monstruo devorando a un niño con todo lo que está ocurriendo? —me interrumpió.

—¿Y qué está pasando exactamente? —pregunté, desconcertado.



Don Maximiliano hizo una mueca que era mitad sonrisa, mitad gesto de incredulidad, como compadeciéndose de mi aparente ignorancia.

—No, nada, olvídalo —murmuró finalmente—. ¿Tienes el Elden Ring para PS4?

Decidí no insistir más. Simplemente retomé mi papel de vendedor y le di detalles sobre el videojuego que buscaba. Esa fue mi única venta de la mañana. Después de eso, no volvió a entrar nadie.

Al llegar mi hora de almuerzo, pensé que sería buena idea comer algo en La Dalila Amarilla y, de paso, saludar a Laura, conocida por todos como «la viuda de Eric». Laura es una joven que trabaja como barista y mesera en el lugar. Siempre mantuvo una especie de romance discreto con Eric. Nunca se hizo público, quizás por lo controvertida que era la figura de mi amigo, pero, sobre todo, por la diferencia de edad que había entre ellos.

Caminaba por la avenida cuando observé a un par de hombres avanzando juntos. Lo que captó mi atención fue su peculiar atuendo: llevaban una especie de velo rojo que, a primera vista, evocaba una apariencia musulmana, pero al observarlos mejor, emanaban un aire que bien podría describirse como «steampunk», y es que vestían algo que parecía un uniforme en blanco y rojo. Cuando se percataron de que los miraba, apuraron el paso y, con un gesto discreto, se detuvieron frente a mí. Uno de ellos extendió la mano para entregarme un panfleto:

—¿Qué es esto? —pregunté, entre curioso y desconcertado por la extraña situación.

—Leedlo, os servirá —respondió con un marcado acento español, y añadió con una expresión peculiar—: ¡*A los tiempos!*

Antes de que pudiera decir algo más, ambos se alejaron con rapidez, despidiéndose con una señal de los dedos.

—A los tiempos... —murmuré para mí, todavía tratando de entender lo que acababa de suceder.

El panfleto ponía lo siguiente:

«¿Qué hacer cuando vea a DI-S cara a cara en La Hora del Juicio?

¿Cómo puedo reconocer que soy un inmundo pecador?

¡El fuego purificador tiene sus respuestas!

Averigua más en: [www.morgana.org/mordred](http://www.morgana.org/mordred)

Todo aquello venía acompañado de lo que parecía una figura de Cristo, pero ataviado con una suerte de vestimenta oriental y adornado con varias esvásticas, rodeado por un fuego de un intenso tono rojizo. Tenía el aire de esos dibujos típicos del estilo new age. Guardé el panfleto en el bolsillo de mi chaqueta y continué mi camino, ligeramente consternado.

Mientras seguía avanzando, me encontré con un venezolano vendiendo sushi en plena vereda. A su lado estaba el tonto del pueblo, Cristóbal Braun, con las manos mugrientas, cubiertas de arroz y salsa de soya. Al verme, me dirigió una mirada mientras se relamía los dedos. No pude evitar sentirme incómodo. No es que tenga algo personal en contra de él—sé de buena fuente lo difícil que la ha tenido—, pero siempre me ha parecido que se inmiscuye demasiado en los asuntos de los demás. Da la impresión de saber más que nadie sobre todo y sobre todos en el pueblo.

Al llegar a La Dalila Amarilla, vi a través de la vitrina a un grupo de hombres negros con trajes, de apariencia nubia, tomando café. Parecían estar en una junta de negocios. En la entrada, donde solía estar el menú, había un cartel de la Policía de Investigaciones, alertando sobre la desaparición de Hans Müller, un niño de 12 años que fue visto por última vez jugando a las afueras de su casa en Villa Fresia. Me quedé un momento mirando la foto y el aviso. Había atendido a Hans en varias ocasiones; solía comprar cartas de Pokémon. Traté de sacudirme esa sensación de vacío y entré al local, eligiendo una mesa algo alejada de los hombres que había visto desde afuera.

En ese momento, Laura, con su característica jovialidad, se acercó con una sonrisa para tomar mi pedido.

—Hola, Allan, ¿cómo has estado? —preguntó.

—Hola, Laura —murmuré—. Todo bien, aunque el negocio ha estado lento. Dirigí la mirada hacia los hombres negros, incapaz de evitar una sensación de incomodidad.

—¿Y esos? —pregunté, señalándolos con la cabeza—. ¿Son colombianos?

Laura se llevó una mano al rostro, riendo con cierta picardía.

—¡No, para nada! —exclamó—. Son empresarios árabes, o eso creo. Trabajan para una ONG llamada «Sociedad Morgana para el Progreso de la Humanidad».

—¿Y qué hacen acá? —insistí.

—La verdad es que sí es un poco raro —respondió Laura, haciendo una mueca—, pero mi jefe está cerrando algunos negocios con ellos.

—¿Don Spencer-Leyton? —pregunté.

—Sí —asintió—. Ya sabes que tiene más negocios además de esta cafetería. En fin, ¿qué te traigo? —añadió, cambiando el tono con una risita nerviosa.

—Un espresso doble y un berlin, por favor.

Laura hizo un gesto de entendimiento y se retiró. En ese momento, noté cómo uno de los árabes, un hombre corpulento con rasgos nubios, me miraba mientras susurraba algo a otro de los que estaban junto a él. Aparté la vista y fingí mirar hacia otro lado, cuando de repente apareció a mi lado otro hombre negro, distinto de los demás. Vestía un traje elegante y lucía una barba bien cuidada. Su acento tenía un matiz francés.

—Hola —dijo—. ¿Eres Allan Schnettler?

—Hola, sí, se podría decir que sí —respondí, mirándolo de reojo—, aunque Schnettler es mi segundo apellido.

—¡Ah! —exclamó, con una leve sonrisa—. Debe ser cosa de Eric. Ya sabes, su obsesión con todo lo relacionado a la herencia germana. Me presento: Pierrick Saint-Claire —dijo, extendiendo la mano—. No te preocupes, no estoy con ellos.

Le estreché la mano, aún algo desconfiado.

—¿Cómo conociste a Eric? —pregunté—. Por cierto, ¿eres haitiano? Lo digo por tu nombre y acento.

—No, no —respondió, meneando la cabeza—. Nací en el Congo, pero me crié en Francia. A Eric lo conocí poco antes de su... fallecimiento. Bueno, si así puede llamarse.

Hizo una pausa que se sintió interminable.

—No tengo mucho tiempo —continuó, echando un vistazo a un reloj de plata que llevaba colgado—. Hay algo que debo decirte.

—¿El qué? —pregunté, intrigado.

Se inclinó hacia mí, colocando ambos brazos sobre la mesa. Sacó un pequeño libro rojo del bolsillo de su chaqueta y lo dejó frente a mí.

—En este libro encontrarás respuestas. No todas, pero sí algunas sobre ciertos acontecimientos que ocurrieron, ocurren y ocurrirán. A ojos del tiempo, son inevitables.

Confundido y algo molesto, le dije:

—¿De qué me estás hablando?

Sin responder directamente, Pierrick se levantó y, mientras se dirigía a la puerta, dijo:

—Nos volveremos a ver.

Intenté voltearme para decirle algo. Pero, cuando lo hice, no había nadie. Sin embargo, el libro rojo seguía ahí, sobre la mesa. No tenía título en la cubierta. Todo esto me resultaba demasiado extraño. Había tenido una mañana absurda, fuera de lo normal, y traté de calmarme. Tomé el libro entre mis manos y me dispuse a regresar a mi tienda.

Estaba saliendo con prisa cuando vi a Laura llegar con el café y el berlín.

—¡Allan! —exclamó—. ¿A dónde vas?

—Lo siento, Laura —respondí, algo nervioso—. Tengo... cosas que hacer. Añádelo a mi cuenta, ¿puedes?

Laura me lanzó una mirada que mezclaba preocupación y decepción, pero que pronto pareció transformarse en comprensión. Dio media vuelta y se marchó. Yo hice lo mismo.

Comencé a caminar rápidamente por la avenida, sin mirar a nadie. Una mano en el bolsillo y la otra sujetando el libro bajo el brazo. Fue entonces cuando se cruzó en mi camino Cristóbal Braun, ese imbécil, quien me obligó a detenerme.

—No seas tonto, Allan —dijo entre risas—. El Señor ya ha tomado las decisiones al respecto. Es parte del funcionamiento del mundo. —Sacudió la cabeza antes de añadir—: Me deprime que la gente no pueda ver las cosas. Él, incluso estando ciego, las entiende mejor.

—¡Aléjate, mongolo! —grité—. ¡Me tienen hasta la madre todos ustedes, locos de mierda!

Seguí caminando, ignorando sus quejas sobre mi «pésima educación» y «malas maneras». No lo culpo. No tenía idea de todo lo que había soportado esa mañana. Pobre loco.

Cuando llegué a mi tienda, dejé el libro sobre el mesón junto a la caja registradora. Cambié el cartel a «ABIERTO» y traté de continuar con mi día. Una parte de mí quería saber de qué trataba el libro, pero sentía que no era el momento. Algo, sin embargo, me presionaba de forma inexplicable. Decidí ignorar esos pensamientos y, como no llegaba nadie, abrí las redes sociales para distraerme.

En el grupo de Facebook «AVISOS NUEVA BAVIERA» encontré una denuncia de un locatario sobre un robo, acompañada de una grabación de las afueras de su local.

En el video, grabado a las 3:02 de la madrugada del 2 de diciembre, se veía la oscuridad de la noche. De repente, casi como un espectro, aparecía un niño corriendo, golpeando desesperadamente la puerta como si quisiera que lo dejaran entrar. La mala resolución del video le daba un aire fantasmal. No había sonido, pero era evidente que estaba alterado.

Entonces, de la otra calle, emergió un encapuchado con una máscara blanca que contrastaba fuertemente con la oscuridad. Con violencia, agarró al niño y le cubrió la boca. En ese momento llegó un auto, en el que había un conductor y un copiloto, ambos también enmascarados. El copiloto se bajó, abrió la puerta trasera, y el encapuchado lanzó al niño dentro del vehículo como si fuera un saco de basura.

La escena era espantosa, como un filme *snuff*. Muchos criticaron al locatario por publicar algo así en lugar de hacer la denuncia correspondiente. Sin embargo, cambié de opinión al leer un comentario que decía: «¿No lo entienden? Esto ya es una realidad en el pueblo... SE ESTÁN LLEVANDO A LOS NIÑOS».

Fue entonces cuando comprendí que quizá quien subió el video lo hizo como una alerta ciudadana. Al revisar más publicaciones del grupo, encontré otros casos de desapariciones infantiles, incluido el de Hans Müller, cuyo cartel había visto esa mañana frente a La Dalila Amarilla.

Con una sensación creciente de horror, fui al baño a lavarme la cara. Al mirar el espejo, juré haber visto a Eric reflejado entrando a la tienda. Me giré rápidamente y comencé a correr, llamándolo a gritos, convencido de que él podría entender lo que estaba sucediendo. Pero no había nadie. Solo estaba el libro rojo, ahí, esperándome. Lo interpreté como un augurio y lo abrí. En su portada, con una tipografía curiosa de principios del siglo XX, se leía:

«OCCVLTA COGITATONIVM LIBER

Libro de las Reflexiones Ocultas

Llamado LIBER VENERIS por los sabios arios de ANATOLIA

Dictado por REVELACIÓN al profeta RECCAREDVS ANATOLIVS

MAGNVS»

Conocía bien este libro. Era una especie de poemario maldito, y, si no me fallaba la memoria, una de las copias más «auténticas» estaba guardada en la Universidad Austral de Chile. Eric, de hecho, llevaba siempre consigo lo que aseguraba era una edición familiar. No me atreví a leerlo. La razón es sencilla: la fama que tiene este libro. Se dice que quien lo lee queda obsesionado con la idea de un infierno, un Inframundo o algún lugar bajo la tierra. Había visto videos de conspiración que hablaban de una supuesta «inoculación memética» al leer ciertas versiones del texto, culminando en la locura total y el convencimiento de que existe un mundo oculto bajo el nuestro.

De pronto, recordé algo que me heló la sangre: en la nota de suicidio de Eric, publicada por la revista donde trabajaba, él mencionaba al «río Aqueronte» y a los «Antiguos Maestros» que lo esperaban en el Inframundo. Me di cuenta de que la exposición constante a este libro debió haberlo afectado, aunque no creo que esa haya sido la única razón de su tragedia.

No me sentía bien. Trataba de entender todo lo que estaba ocurriendo, pero me resultaba imposible. Decidí cerrar la tienda por hoy; después de todo, no había tenido ni un cliente en toda la tarde. Guardé el libro en mi mochila y me dirigí a la pensión donde vivo. Mientras cruzaba la plaza frente a la Basílica de San Gabriel Arcángel, noté un grupo de hombres rodeando el edificio. Eran idénticos a los que me habían entregado un panfleto esa mañana: parecían musulmanes, pero con rasgos nórdicos. Algunos llevaban algo parecido a un hijab o burka en colores rojo y blanco. Sentí miedo y apuré el paso. Sin darme cuenta, crucé la calle con el semáforo en rojo.

Cuando miré a mi alrededor, noté algo extraño. Todos los autos estaban quietos, pero no porque hubieran frenado. La gente en su interior no se movía. Miré a mi alrededor: todos estaban inmóviles, como si alguien hubiera pausado el mundo. Incluso vi cómo una llanta salpicaba una charca y las gotas de barro flotaban inmóviles en el aire.

Aterrorizado y confuso, me di vuelta y lo vi: Pierrick Saint-Claire, de pie y en movimiento. Lleno de rabia, me abalancé sobre él, pero él me sujetó por los hombros y, con voz calmada, me dijo:

—Tranquilo, tranquilo. Puedo explicártelo sin rodeos. Tú lo interpretarás como quieras.

—¿Qué mierda está pasando? —le pregunté, mirando a mi alrededor.

—Este es el reloj de Aforgomón —respondió, mostrándome un reloj de plata de bolsillo—. Me permite pausar el tiempo a mi alrededor y, si Aforgomón lo considera digno, también el de un compañero, como tú en este caso. Sin embargo, el tiempo sigue consumiéndose en nuestros cuerpos a una velocidad mayor. Hay que ser breves.

—¿Quién eres? —pregunté, frustrado.

—Eso no importa tanto ahora, y ya te lo he explicado antes. Iré al grano —dijo, señalando al grupo con los hijabs frente a la Basílica—. ¿Ves a esos tipos? Son de Mordred, un culto con más poder geopolítico del que te imaginas. Ya iniciaron actividades en Nueva Baviera bajo la tapadera de una ONG llamada «Morgana por el progreso de la humanidad».

—Sí, sí —respondí apresurado—. Me entregaron un panfleto.

—Los gerentes de Morgana estaban tomando café en La Dalila Amarilla, ¿recuerdas?

Asentí con la cabeza.

—Eric me pidió que te dijera esto, pero no me creerás si lo digo yo —dijo, buscando algo en sus bolsillos—. Irás con Eric y se lo preguntarás tú mismo.

Con eso, me mostró un comprimido negro, como una pastilla.

—¿Qué es esto? —pregunté, desconfiado.

—Recuéstate en una cama, tómallo y busca a Eric Krause —ordenó con firmeza—. Ahora reanudaré el tiempo presionando el botón de este reloj. Tú seguirás tu camino, y yo el mío. Hazlo por los niños.

Iba a replicar, pero todo volvió a la normalidad de repente. Tuve que correr para evitar ser atropellado. La pastilla negra estaba en mi mano. Caminé apresurado hasta la pensión donde me hospedo. Sin decirle nada a nadie, me recosté en la cama, contemplando la pastilla y debatiéndome si tomarla o no. Sin embargo, después de todo lo vivido, decidí confiar y creer que esto tenía un propósito. Finalmente, tragué la pastilla.

Al principio, no noté nada extraño, aunque sentí un sueño inusual. Mi mirada se fijó en un rincón de la habitación, pero en lugar de sentir el peso típico sobre los párpados, experimenté una sensación de desconexión, como si ya no perteneciera a este lugar. Los colores a mi alrededor parecían irreales, tonos que nunca había visto y que, intuía, jamás volvería a ver.

Me puse de pie. En la esquina, algo se movía: una masa gelatinosa con un horrible parecido a la vulva femenina, que palpitaba de manera perturbadora.

«Debe ser la pastilla», me dije, tratando de tranquilizarme. Intrigado y a la vez horrorizado, introduje un pie en la abertura. Sentí que debajo no había nada sólido, solo un vacío, aunque fuertes corrientes de aire ascendían desde el interior. Una extraña mezcla de histeria y risa me invadió, y decidí introducir el otro pie. En un instante, ya no estaba allí. ¿Dormía? ¿Soñaba? No lo sé.

Aparecí en lo que parecía ser una ciudad húmeda y oscura. Era de noche, y el ambiente estaba impregnado de extrañeza. La multitud, compuesta mayormente por mujeres con la apariencia de prostitutas, evitaba cruzarse conmigo. A lo lejos, un local nocturno llamaba mi atención. Al acercarme, leí un cartel luminoso:

«GABINETE DE LA LUZ LUNAR

Ideal para tristes y suicidas frustrados.

El lugar donde siempre encontrarás lo que necesitas.

Happy hour y barra libre por hoy.»

Decidí entrar. Aunque mi memoria de ese momento es confusa, recuerdo que el lugar estaba iluminado con luces de un intenso verde neón. La clientela era diversa, cada persona inmersa en sus propios pensamientos. Algunas figuras evocaban en mí sensaciones de muerte y putrefacción. Aun así, sentía que sabía exactamente a dónde debía dirigirme.

Me acerqué a la barra, donde un hombre de aspecto asiático atendía. Su apariencia me recordó a un maestro taoísta. Al verme, comenzó a reírse, y una de las personas sentadas en la barra se giró hacia mí. Era Eric Krause. Me sonrió y me invitó a sentarme.

—Si vas a pedir algo, no pidas el Gorgo —dijo con naturalidad—. Hay cosas mejores que beber.

—De eso sabrás mucho —replicó el asiático, contagiando con su risa.

—Cállate, Zhao —dijo Eric, con tono firme—. Tenemos cosas importantes que discutir.

—¿Dónde estoy? —le pregunté a Eric.

—En el País de Pnaklendorf, en el Gabinete de la Luz Lunar —respondió.

—¿Eres un sueño o eres realmente Eric Krause?



—Estoy en tu sueño, pero soy yo —dijo, suspirando—. Supongo que tomaste la píldora de Droga Liao que te dio Pierrick. Yo ya le dije lo que debías hacer; esto era innecesario.

—¿Qué debo hacer? —pregunté, confuso.

—Debes matar a Eduardo Spencer-Leyton —respondió tajante—. Es el dueño de La Dalila Amarilla.

—¿Por qué? ¿Qué hizo?

—¿Has oído de las desapariciones de niños? ¿Has visto a los cultistas de Mordred pasear por las calles de la ciudad donde yace mi tumba? —dijo con desprecio, escupiendo al suelo—. Pronto profanarán todo lo que nos queda de digno.

Le dije que sabía de esas cosas, pero no comprendía del todo su gravedad. Entonces, Eric empezó a explicarme:

—Durante la dictadura de Pinochet, el gobierno se alió con la Orden y Proceso de la Estrella de la Plata, una orden paramasónica de la que yo formé parte, al igual que los fundadores de Nueva Baviera y otras colonias. El régimen les encargó realizar los «rituales de Alsophocus» en colaboración con la Central Nacional de Inteligencia. Estos rituales, documentados en un facsímil conocido como El Libro Negro de Alsophocus, la edición del hermano Simeón, consistían en torturas diseñadas para convertir a los disidentes políticos en asesinos despiadados, útiles para sembrar el terror y culpar a la oposición. Un caso famoso fue el de los psicópatas de Viña del Mar.

» Sin embargo, los sometidos a estos rituales desarrollaron una devoción enfermiza hacia una figura conocida como Nyarlathotep, ni mas ni menos, o «El Hombre Negro». Tras el fin de la dictadura, la Orden quiso desligarse de estos individuos, a quienes llamaron «insurrectos», ya que ellos no tenían a Yog-Sothoth como foco de culto y pecaban de supersticiosos. Aunque el gobierno y la Orden llegaron a un acuerdo para encubrir sus crímenes, los insurrectos continuaron secuestrando niños, personas y realizando rituales, perpetuando el culto a esa figura que servían y adoraban. Todo esto lo realizan enmascarados, al estar sujetos a las crisis disociativas producto de los rituales de Alsophocus.

» Eduardo Spencer-Leyton es ahora quien lidera esta red. Ha convertido a los insurrectos en una herramienta para negociar con otras organizaciones en busca de un Nuevo Orden Mundial. Incluso somete a nuevas generaciones a los rituales de Alsophocus.

—¿Lo entiendes ahora? —concluyó Eric, mirándome con severidad.

Analizando todo, me di cuenta de que los hombres que secuestraron al niño en el vídeo compartido por aquel hombre en el grupo de Facebook debían ser los mismos insurrectos de los que Eric me había hablado. Sin embargo, no podía creer que Eduardo Spencer-Leyton estuviera encubriendo todo esto.

—¿Tienes pruebas de lo que acusas al señor Spencer-Leyton? —pregunté a Eric.

Eric bufó con desdén.

—¿Con todo lo que has vivido crees que intento engañarte? ¡Esa Orden me llevó a la locura! —exclamó mientras se desabotonaba la camisa, dejando al descubierto las marcas que la soga había dejado en su cuello.

—Creo que hay algo que no me encaja en todo esto... ¿qué relación tienen con Mordred y Morgana?

Eric se encogió de hombros

—Ninguna, por ahora. Aunque es probable que Mordred trate de beneficiarse de algún modo de la situación. Su actual líder es una chiflada.

—Y yo... ¿qué debo hacer entonces? —inquirí.

—Pronto despertarás —respondió—, confrontarás a Eduardo Spencer-Leyton y luego lo matarás.

—¿Y los niños desaparecidos? —insistí.

—Ellos ya están muertos o atrapados en redes de tráfico infantil.

En ese instante, lo que parecía un sueño se transformó en una auténtica pesadilla. Todo este asunto de grupos satánicos pedófilos parecía salido de una obra de ficción; no podía creerlo.

—Y no es solo en Nueva Baviera —añadió Eric—. Esto ocurre en muchos lugares del mundo. Es el fin de un eón, y quienes están detrás de ello se esconden en los rincones más oscuros del planeta. Algún día se destapará el complot, y verás que este mundo está cubierto por un *mandil* de mentiras y depravación.

Hizo una pausa y luego añadió:

—Fue un gusto verte, amigo. Lee el *Liber Veneris* si quieres volver a verme y, si puedes, dale un abrazo a Laura de mi parte.

Desperté sobresaltado en mi cama, jadeando, mientras intentaba asimilar todo lo que acababa de soñar. Reflexioné sobre las palabras de Eric. Miré por la ventana; ya era de noche. No sabía qué hacer exactamente, pero sentía que algo

de verdad había en todo aquello. Si quería descubrirla, debía ir a La Dalila Amarilla. Aquel sueño me había dejado con una extraña lucidez, como si pudiera percibir cosas que otros no, y una de ellas era que en ese lugar encontraría respuestas.

Caminé con rapidez por las calles hasta llegar a La Dalila Amarilla. Frente a la puerta estaba Cristobal Braun, el loco, casi como un guardián.

—¡No te dejaré pasar! —me dijo con brusquedad.

—Déjate de tonterías, imbécil —le espeté—. Vengo a tomar algo.

—Hay una reunión importante hoy —respondió—. ¡No estás invitado!

Insistí en que me dejara pasar, lo que llamó la atención de alguien dentro. Era el mismísimo Eduardo Spencer-Leyton: de traje, anciano, con una frente amplia y apoyado en un bastón.

—¡Hey, hey! ¿Qué pasa aquí? —interrumpió con tono afable—. Cristobal, ¿por qué no lo dejas pasar, hombre?

—Hay una reunión y no está invitado —replicó Braun.

Eduardo se rió, divertido.

—¿Y ahora te crees guardia de seguridad? ¡Déjate de tonterías! La reunión no es asunto tuyo.

Con su bastón apartó a Cristobal del camino y me miró con amabilidad.

—Disculpa a Cristobal, hijo. Ya sabes cómo es; hay que tolerarlo. Pasa, ¿vienes a tomar algo?

Lo miré fijamente, confundido.

—Sí... sí —balbuceé—. Pero Cristobal dice que hay una reunión.

—¡Bah! —exclamó—. La reunión es en el fondo. ¡Pasa, pasa! La Dalila Amarilla siempre está abierta para los parroquianos.

Me sonrió y se dirigió al fondo del local, abriendo una puerta que parecía conducir a una habitación donde reinaba la oscuridad.

Esperé a que nadie estuviera mirando. Decidido, caminé entre la gente hacia la puerta. Todo esto me confirmaba que Eric tenía razón: algo extraño estaba ocurriendo.

Abrí la puerta y encontré una habitación vacía con mesas de cóctel repletas de aperitivos: trozos de carne cocida. Había dos puertas. Tras una de ellas, se escuchaba un ruido ensordecedor, como el bullicio de un anfiteatro; tras la otra, el silencio absoluto. Pensé que esta última estaría vacía. Grave error fue confiar en mis instintos.

Entré por la puerta, y el silencio era absoluto. Todo era oscuridad, pero no una oscuridad común, sino como ese vacío profundo que existe entre las estrellas. A pesar de la penumbra, podía ver... de alguna forma. Era un vacío. Poco a poco, sentí una presencia que me observaba, mientras algo me anclaba al suelo. Por más que lo intenté, no pude girarme ni salir de la habitación.

De pronto, escuché una risa. Era como la de una niña pequeña, seguida por otra, esta vez de un niño. Las risas continuaban, cada una con un tono diferente. La última que oí era adulta, aunque casi andrógina.

—¿Quién anda ahí? —susurré con voz temblorosa.

—Acércate y lo descubrirás —respondió una voz, ahora más grave, casi varonil.

Comencé a caminar, con pasos inseguros, como si me adentrara en el vacío mismo. Entonces lo vi: un hombre alto, de porte elegante, vestido con un traje negro. Su rostro... No lo recuerdo con claridad. Era como si alguien hubiera moldeado una máscara hecha con los rasgos de todos nosotros.

—¿Por qué quieres matar a Eduardo Spencer-Leyton? —me preguntó, con un tono inexpresivo—. ¿No te parece irracional?

—Es un pedófilo —respondí con firmeza—. Es algo repugnante, la más baja escoria de la humanidad.

—¿Y? —replicó, con indiferencia—. Un pelo más a la cola. Si hay algo que podría poner en duda la «humanidad» que tanto defiendes, puedo decirte que no sería algo tan insignificante como un par de niños perdidos.

El silencio se hizo pesado. Sentía su mirada fija en mí, perforándome.

—Sin embargo —añadió, tras un bostezo—, este juego comienza a aburrirme. Siento que no va a la par. Toma.

Extendió su mano y me entregó un arma, una pistola que parecía una Beretta.

—¿Está cargada? —pregunté, con un hilo de voz.

—¿Nunca has oído eso de que las armas las carga el diablo y las disparan los tontos? —respondió riendo—. Ahora es tu turno. Decide. Ve y hazlo.

Un calor súbito me recorrió el cuerpo. Sin pensar, corrí hacia la puerta, atravesando el vacío, hasta que finalmente salí. Me encontré en la habitación del cóctel, donde Eduardo Spencer-Leyton estaba de pie, disfrutando un trozo de carne ensartado en un palillo. Al verme, sus ojos se abrieron con horror por un breve instante, pero enseguida recuperó la compostura. Se limpió la boca con una servilleta y habló.

—¿Y esa pistola?

—Te dejaré ir si me dices la verdad —respondí, apuntándole con el arma.

El viejo comenzó a reír, primero suavemente, luego de manera estridente.

—¡No! —exclamó, con una sonrisa maliciosa—. Al contrario, yo te dejaré ir... y de paso, te diré la verdad.

—¿A qué te refieres? —pregunté, mi voz temblando.

Tomó otro trozo de carne, lo mordió y se relamió los labios antes de responder.

—No hay nada que puedas hacer. Nada. Mátame, si quieres, pero incluso si yo muero, la maquinaria seguirá. Las piezas en marcha son incontables.

Su risa se volvió errática, casi desquiciada.

—Lo irónico es que esta maquinaria... esta maquinaria que tanto odias... es lo único que mantiene al mundo funcionando. ¡Así debe ser!

—¡Son unos pedófilos adoradores del diablo! —grité con furia.

—No seas tan dramático —respondió, acercándose lentamente—. No lo veas de esa forma.

Las lágrimas comenzaron a correr por mi rostro. Mi mano temblaba, incapaz de mantener firme el arma. El anciano se acercó más, hasta que sus manos tocaron mi nuca. Yo, de rodillas, lloraba desconsoladamente mientras él me acariciaba el cabello.

—Llamaré a la policía —me dijo, con voz afable—. Moveré un par de hilos. Ya sabes cómo funciona esto. No irás a prisión, pero te darán unas largas vacaciones.

—¿Qué quieres decir? —pregunté entre sollozos.

—Solo ten en cuenta una cosa —dijo, con un susurro cargado de advertencia—. No vuelvas a pisar Nueva Baviera si valoras tu vida.

Mientras lo decía, seguía acariciando mi cabello, con una calma que me resultaba aterradora.

Y así fue. La policía tomó mi declaración, al igual que la del viejo Spencer-Leyton, quien afirmó no tener intención de denunciarme. Según él, yo era un enajenado que necesitaba ayuda psicológica. Por orden del juez, comencé a atenderme con un psiquiatra en Valdivia, y ahora me encuentro bajo el cuidado de mis padres en Puerto Varas. Hoy, en Nochebuena, decidí escribir esto como una especie de catarsis, ya que durante todos estos días apenas he dicho nada. Siento que todo se ha derrumbado, tanto a mi alrededor como dentro de mí.

A veces leo en Internet sobre las operaciones de Mordred y Morgana. Se lo he mencionado a mi terapeuta, pero me aconseja que deje de buscar lecturas de esa índole. También he leído el *Liber Veneris*. En sus versos he encontrado el *Uterus Mundi*, el lugar donde se gesta lo que somos. El llanto de los fetos es extraño, casi como si supieran que están destinados a convertirse en alimento para las élites.

A veces, en sueños, deambulo por ciudades húmedas, por Pnaklendorf, como algunos la llaman. Me resulta fascinante que esta ciudad, que es a la vez lugar y diosa, solo exista gracias a quienes la alimentan, permitiéndole gestar a sus fetos. Porque si hay un *Uterus Mundi*, debe haber también una madre: ese espacio donde pasamos nuestras vidas pretendiendo que tenemos un propósito. Él y ellos nos observan como si fuéramos ganado, pastando antes de ser sacrificados en nombre de lo que llamamos vida.

Somos engranajes dentro de una Venus de Hierro, una Magna Mater, una máquina que mueve todo lo que nos rodea. Si su obra se detuviera, ella retornaría, al igual que su principio activo: el Origen Ingénito de todas las cosas.

# EL EXILIADO

POR BLADE VALENS

\* \* \*

Comienzo este diario con un ánimo que los inocentes calificarían de pesimista, pero no soy más que un hombre precavido tomando las providencias necesarias para que mi memoria, en caso de fatalidad, no quede en el olvido. Fatalidad improbable, por cierto, pero como todo, posible.

El camarote desde el que escribo es sobrio y claramente sobrevalorado. La cama sirve su propósito, pero el escritorio es una menudencia que difícilmente cumple la función de invitar a la escritura. Me sobrepongo asumiendo que este puede ser el mejor alojamiento que tendré en este viaje.ç

Mi primer destino es el puerto de Cayena, lugar que jamás he visitado y no tengo intención de recorrer. Debería llegar mañana por la mañana, en temporada cálida y seca y, de acuerdo al capitán, será soportable si llevo el sombrero adecuado.

Mi alojamiento lo aseguré hace dos meses. Me quedaré en un hostel de buena reputación, servido por la prima de uno de mis pacientes, y he pedido en forma expresa que no me hicieran descuento alguno porque prefiero pagar la privacidad que deber favores a nadie. No es Cayena, sin embargo, mi destino final; es solo un lugar de paso necesario para mi verdadero propósito, cuál es la Isla de los Condenados. Su nombre suena ominoso, pero un lector culto sabrá que se trata meramente de una notación descriptiva.

La Isla de los Condenados fue alguna vez una colonia penal francesa, hasta que la falta de interés de la corona en invertir en un pedazo de tierra estéril llevó a su abandono. Eso no significa, claro está, que la monarquía se haya olvidado de sus beneficios; todavía envía allí a aquellos criminales que no merecen ni el perdón ni la horca. Como es obvio, no se esmeraron en el nombre.

La pregunta que cualquier podría hacerse al leer estas palabras es, ¿por qué alguien iría voluntariamente a semejante lugar? Y la respuesta es más cursi de

lo que me atrevería a confesar a mis colegas del gremio, y es que soy padre. No de aquello que rezan, por supuesto. Mi hijo Gabriel, producto de la insensatez e impulsividad propia de la edad, tuvo malas juntas y peores influencias, ganando con mérito un pasaje de ida a la isla. Mentiría si dijera que no estoy furioso, tanto con él como con quienes lo condenaron, pero creo que otros padres comprenderán el egoísta deseo de ser el único que castiga a su descendencia. Es un asunto de autoridad, y ansío rescatar a mi Gabriel para, inmediatamente después, plantarle una bofetada.

He estudiado cuanto he podido sobre la información oficial y los rumores de la isla, aunque claramente voy preparado para lo desconocido. En Cayena me espera un barco, una tripulación, agua, comida, herramientas y mercenarios, y todo me salió suficientemente caro para estimar que los bienes y personas son de calidad. Mi plan es llegar a Cayena, pasar la noche en el hostel y resolver los últimos preparativos durante la mañana siguiente para zarpar hacia la isla. Allí encontraré a Gabriel, lo subiré de una oreja a mi barco y viajaremos a Cartagena de Indias, donde un tío materno nos recibirá hasta que podamos establecernos por nuestra cuenta. Tendremos que empezar de nuevo, pero por fortuna no me falta el dinero. Además, en todas partes se necesitan médicos.

\* \* \*

**Día 1.** Cayena es exactamente como me lo imaginaba. Hay ratas en el puerto, caimanes en los ríos y moscas en todas partes. El aire tiene un terrible olor a sudor, humedad y podredumbre y, por si fuera poco, el capitán claramente se reía de mí cuando dijo que un sombrero sería suficiente. Un sombrero no es suficiente.

Disgustado como estaba del folclorismo local, me disculpé con doña Florencia y le di una excusa convincente para evitar quedarme en su modesto hospedaje. Insistí, por supuesto, que se quedara con el dinero de la reserva, habida cuenta que no era su responsabilidad que un paciente mío requiriese una apendicectomía de emergencia. Ella, amable como cualquier viuda, me regaló galletas para el viaje y heme aquí, comiéndolas mientras escribo en el opresivo



camarote del bergantín mercante que será mi hogar por las próximas tres semanas.

Inevitablemente, hago comparaciones. El colchón de la cama es tan delgado y duro que bien podría dormir en el piso y no significaría mayor diferencia, mientras que el escritorio es un poco más robusto y posee un cajón con cerradura, un accesorio que aprecio. Lo único realmente incómodo de mi camarote es su altura. Como un hombre que se sabe alto, el techo me obliga a mantener cierta inclinación, sobrecargando mi espalda, y como no es mi intención llegar a la isla con una lesión lumbar, no me queda más remedio que permanecer recostado en el chiste al que debo llamar cama, o sentado en mi nuevo escritorio. Desde luego, esto no es saludable, y mucho menos sostenible durante siete días de viaje. Deberé obligarme a subir a cubierta y dar paseos regulares. Un tedio, admito, porque me costará toda mi paciencia soportar las charlas superficiales que tanto disfrutaban los marinos. Y no es que tenga problemas con los marineros en concreto; desprecio la interacción humana, indiferente de su oficio o clase social. Al respecto, y considerando mi formación, alguien podría crearme cínico. Pero cuando tu profesión te obliga a escuchar quejidos, llanto y gritos día tras día, terminas aferrándote al silencio de tu alcoba, aunque esta sea un armario hecho camarote.

\* \* \*

**Día 4.** Releyendo mi entrada anterior, siento la necesidad de expresar mis disculpas por la ácida reseña de Cayena. No me desdigo de ninguna palabra, sin embargo admito que tampoco le he dado al puerto oportunidad de encantarme.

Quizás vuelva algún día y acepte la hospitalidad de doña Florencia.

En estos últimos días he podido observar el verdadero carácter de mis mercenarios. Algunos se han mantenido distantes, profesionales, y otros han sucumbido a la tentación de ganar mi interés, posiblemente en busca de un aumento. Lo que ellos no saben es que, si bien contraté a doce hombres y mujeres, únicamente me acompañarán en mi expedición seis; los más cuerdos y confiables. Esto podría parecer una forma absurda de malgastar mi patrimonio, sin embargo, el motivo es del todo razonable: una simple entrevista nada me puede decir de un desconocido, salvo cuál es la máscara que utiliza

cuando desea obtener algo. Así, estos siete días han sido, sin que ellos sepan, la verdadera entrevista. ¿Por qué no llevarlos a todos? Porque ello sí sería absurdo.

En momentos de necesidad y urgencia se necesitan profesionales de carácter firme y voluntad de hierro y, aunque siete días son pocos para evaluar la idoneidad de un hombre, hasta cierto punto he logrado separar el oro de la paja.

Paolo Brunet. Navegación y reconocimiento. Calvo. Honrado.

Jeanne Moreau. Cuchillos y combate sigiloso. Menuda. Profesional.

~~Martín Duval. Combate cuerpo a cuerpo. Tatuado. Marcial.~~

Émile Lefèvre. Armas de fuego. Ojeras profundas. Educado.

Isabelle Garnier. Explosivos y demoliciones. Pecosa. Directa. Impulsiva.

Louise Marchand. Supervivencia y rastreo. Nariz prominente. Tímida.

Garnier y Marchand me provocaron dudas en un comienzo, pero llegué a comprender que la experta en destrucción no es agresiva sino directa, pero en un sentido absolutamente benigno. No es apta para el sigilo, para eso tengo a Moreau, pero sin duda es la persona adecuada para pedir una opinión honesta y prender fuego a un puerto, quizás al mismo tiempo. Siempre se necesita alguien así en un grupo.

En cuanto a Marchand, mi primera impresión fue desalentadora. La creía demasiado silenciosa y, por ello, impredecible. Luego comprendí, entre sonrojos y tartamudeos, que es víctima de la ansiedad social y de la histeria, pero son condiciones que no afectan a su arte. En lo que respecta al resto, son todos hombres y mujeres razonables, en especial Lefèvre, aunque claramente no confiaría mi vida a ninguno.

Aún quedan dos días antes de llegar a La Isla y, en la víspera de nuestro arribo, haré el juicio final para decidir quiénes se quedan en el barco y quiénes irán conmigo al infierno.

\* \* \*

**Día 9.** Llegamos a la isla por la tarde y, de no ser por mi reloj, habría creído que era de noche. El cielo es gris y la tripulación temió una tormenta, obligándome a explicar al capitán que no son nubes de lluvia, sino cenizas vomitadas por el volcán sofocando el cielo.

Las costas se ven desoladas y la arena termina en empinados riscos de piedra negra, lo que nos da una favorable cobertura. Después de todo, un barco es a todas luces una milagrosa tentación para los pobres diablos que han sido arrojados a esta tierra.

Por la hora he pospuesto la exploración para el día de mañana. Ello no me quita el sueño. Llegamos tras nueve días de viaje. Mañana se cumplen los diez que tenía estimados originalmente. Desde luego.

Salvo por Paolo, el resto de los mercenarios agradecieron el día de descanso y han brindado por mí, considerándome un jefe bondadoso. Así queda claro que lo suyo son las armas y no el pensar, porque sería contrario a mis intereses arriesgarlos a la noche y la fatiga. Respecto a Paolo, ha despertado mi curiosidad -algo poco común- y hemos intercambiado algunas palabras respecto a la expedición. Él comprende los riesgos que implica y la necesidad de precaución, revelando que tiene más experiencia que el resto, más jóvenes e ingenuos. Naturalmente, esto me lleva a concluir que Paolo es el más adecuado para ejercer como líder de la expedición, algo que comunicaré debidamente mañana a primera hora.

En cuanto a planes, no levantaré campamento en tierra. El barco es el refugio más adecuado considerando una isla poblada por criminales.

Para salvaguardar el bergantín de abordajes, motines e intentos de robo, los seis mercenarios que quedan asegurarán el barco. Carabinas y pistolas cargadas; sables al cinto; pólvora resguardada. Vigilancia rotativa, siempre de a dos.

Las instrucciones han quedado por escrito y, aunque no todos saben leer, el capitán ha sido advertido y tiene sus órdenes. No acercará el barco a la costa.

Ni siquiera ante los gritos de auxilio de los mercenarios.

Si cualquiera contraviene mis directrices, arriesga el saldo de su pago y, como profesionales, no dudo que preferirán las monedas a la compasión.

Todo está listo y dispuesto. Y, seguramente, algo saldrá mal.

\* \* \*

**Día 10.** Perdí a Duval. Tendré que reemplazarlo.

Un grupo de salvajes nos emboscó en los roqueríos y se lanzaron sobre nosotros como perros hambrientos. Duval aseguró la retirada y, aunque le

esperamos un tiempo prudente junto a la falúa, no apareció. Asumimos lo peor y volvimos al bergantín en silencio. Los honores se celebrarán mañana.

En lo que refiere a nuestros atacantes, la emboscada no me ha sorprendido tanto como el estado de sus almas. Esperaba encontrar criminales malamente armados, no animales con rostros humanos. Prácticamente desnudos, luchaban con uñas, dientes y ojos consumidos por la demencia. Su estado era tan perturbador como comprensible. La isla luce muerta, con vegetación esquelética que se asoma débil entre rocas afiladas. No vimos animales, ni siquiera aves, lo que me lleva a concluir que los lugareños han debido sobrevivir de la carne de los suyos. Creo que Paolo llegó a la misma conclusión, lo veo en sus pupilas.

Además, desde nuestro retorno se ha dedicado limpiar y mantener con especial dedicación su trabuco. Del resto, incluso Garnier está más callada.

¿Dónde estás, Gabriel? ¿Fuiste una presa más? ¿Serás hoy un depredador?

\* \* \*

**Día 11.** Encontramos una caverna y tengo seguridad que se trata del refugio de los salvajes. Marchand encontró un rastro desde los roqueríos y, dada la falta de sangre, he podido estimar que Duval puede seguir vivo. Una información relevante a mi causa. Si los hambrientos atacaron a Gabriel, puede que no le hayan matado en el acto, sino que tengan aún el intelecto para guardar a sus presas. Después de todo, el alimento se mantiene mejor vivo que muerto.

En lo que respecta a la caverna, Marchand encontró algo extraño. Cada tanto, marcado en las paredes a punta de rasguños, se observa el dibujo de una insignia que me es desconocida: un sol de rayos irregulares. Con la luz tenue y mi creciente miopía, por un instante me pareció que los rayos ondulaban y, al acercarme lo suficiente, distinguí rastros de sangre y uñas incrustadas en la piedra. Se me erizó la piel imaginando el ruido de las uñas contra la piedra, y no puedo sino sentir compasión por estos desgraciados. Sea por una droga o por la desesperación, está claro que han perdido irremediablemente la cordura.

El símbolo no me es familiar; concluyo que es un emblema tribal creado por los salvajes para representar a los suyos. Sea que se trate de una marca de territorio o de advertencia, vamos por buen camino.

\* \* \*

**Día 12.** Capturamos a un salvaje. El hambriento, pese a sus heridas, no entendía razones e insistía en lanzar mordiscos erráticos.

Paolo y Moreau se llevaron la peor parte; ambos requirieron puntos. Uno sufrió un rasguño en el rostro, el otro un mordisco en el antebrazo. Por fortuna, su esfuerzo no fue en vano. Me dieron la oportunidad de inyectar al desgraciado suficiente opio para dormir a un caballo y, de milagro, sobrevivió.

Traer al pobre diablo al barco podría parecer insensato, pero un enemigo vivo es más útil que un cadáver. Siempre y cuando sepa hablar.

\* \* \*

**Día 13.** Gabriel es uno de ellos. Interrogué al salvaje quien, drogado, resultó sorprendentemente civilizado y, aunque lento, sus balbuceos fueron comprensibles con suficiente paciencia.

No trató de justificarse y, en vez de arrepentimiento, manifestó lástima por nosotros.

Nos trató de ignorantes, de impuros, y se refirió a Dios como si le conociera.

Le mostré el relicario y pregunté por mi Gabriel, y el hambriento confirmó mi teoría.

Está vivo y, atrapado en esta maldita isla. No tuvo opción.

Aunque lo lamento, no lo juzgo. Todos lanzan un grito en el cielo hasta que les toca apretar el gatillo.

Hace un rato, mientras daba mi usual paseo por cubierta, el salvaje me ha pedido que lo libere. Me ha ofrecido por pago llevarme con Gabriel, pero debo ir solo.

Por supuesto que me negué. No soy estúpido.

\* \* \*

**Día 14.** Encontré a Gabriel. Es parte de la tribu. Llegué a él a través de los túneles que, aunque laberínticos, tenían un rastro: los soles. Marchand siguió las huellas y, efectivamente, a mayor tránsito, más soles plasmados en las paredes.

Luego de veinte minutos, las paredes eran solo soles, salpicados de sangre, uñas, dientes y fragmentos de hueso. El olor a metal me entró por las narices hasta el estómago. Lefèvre tuvo que vomitar antes de seguir adelante.

Finalmente vimos luz y Moreau se adelantó. Oculta entre las rocas, se tomó algunos minutos y nos hizo una seña. Paolo, Marchand y yo nos acercamos, y pudimos observar alargadas sombras de humanoides encorvados, en grupo, alrededor de algo. Repentinamente una de las sombras se levantó, brazos al cielo, y las demás le imitaron, gritando y bailando como si se tratara de un carnaval. Decidí asomarme, con cuidado, y reconocí a Duval... pero no en el piso. Bailando. Su sonrisa borboteando sangre, sus ojos perdidos en el delirio. Quedé un instante así, impactado, y tras él lo vi. Gabriel, en igual estado.

Bailando. Feliz. Más feliz de lo que jamás le había visto en mi vida. Algo en mi cerebro dejó de funcionar y, preso en la confusión, ordené la retirada inmediata. Avergonzado. No quería que lo vieran así. Aún vestido, me pareció inexplicablemente desnudo. No sé cómo explicarlo.

\* \* \*

**Día 15.** Me quedan cinco días. Aún no he informado a Paolo ni a los demás lo que he visto y, francamente, dudo si me creerían. Gabriel. Duval. Ambos parecían disfrutar su comida con macabro frenesí. Todos así lo parecían. No era un acto de hambre, era un acto de comunión. Unidos por la sangre y la carne; una representación retorcida de La Última Cena.

Nunca en mi vida había visto algo así.

Lo describo como «carnaval», pero la pasión y catarsis derrochada en los aullidos de los hambrientos era virulenta. Mi corazón se detuvo con el primer grito, mi pecho tronó producto de cada paso. Una danza sangrienta que sigue en mis pupilas.

No soy capaz de dormir.

\* \* \*

**Día 16.** La criatura es quien elige. Es un honor. Es alegría. Es hermosa.

No era un sol. Es ella. Ella elige. Todos aplauden. Vitores. Primero el corazón. No hay gritos. Cae. Los restos son de todos.

\* \* \*

**Día 17.** Mañana me reuniré con mi hijo.

\* \* \*

**Día 18.** Mi equipaje es liviano. No me han cuestionado. Al llegar, Pedro me presentó al resto. Mi hijo, al verme, corrió a mis brazos como un crío. No recuerdo la última vez que nos abrazamos. Pedro me ofreció ser parte de la comunión y, aunque me negué, no hubo represalias.

Duval fue elegido. Lloró de felicidad y abrió los brazos, como hubo hecho Gabriel al verme. Esta vez, fue un solo bocado y Duval fue solo huesos. La celebración fue un caos de júbilo; no, de éxtasis. Todos los placeres dionisiacos fueron liberados sin freno, sin pudor, sin culpa. Verlo, de alguna forma, se siente extrañamente liberador.

\* \* \*

**Día 20.** Anoche he probado y finalmente he comprendido. Ella no nos entrega sus sobras. Ella se entrega a sí misma. Es su carne, es su sangre, porque todos somos uno en diferentes cuerpos. Ella lo sabe, porque puede sentir nuestro dolor. Siente esas heridas que ya no vemos, aquellas que yo no puedo sanar. Es la única y verdadera sanadora. Y hoy me ha elegido.

Gracias.  
Iván Ríos El Exiliado

# AIRE LEJANO

## POR A. SINNART

\* \* \*

El viento soplaba gélido a través de las colinas desoladas, susurrando palabras ininteligibles dirigidas a nadie.

Bajo el risco, tumbado en una postura grotesca, el niño de piel morena miraba al cielo con el rostro congelado en una sonrisa histriónica.

Había dejado de sentir tanto aquella presión incómoda en el estómago como la que ejercía la pared de aire que lo azotaba hacia el mundo y en su contra. Rápidamente olvidó también el vértigo infame, el crujir de hueso y tierra. Lo único que era incapaz de dejar atrás, incluso en aquellas circunstancias, era aquella visión antigua, aquel atisbo de abominable verdad.

\* \* \*

El doctor Celso Artiles llegó al barranco al atardecer. La noticia del niño caído había recorrido la isla en cuestión de horas, y su amigo y colaborador, Andrés de Guzmán, le había enviado un mensaje urgente.

—Disculpa, me ha sido imposible llegar antes.

—No te preocupes —contestó Andrés, dándole la mano.

Andrés no era un hombre de muchas palabras, pero se le notaba más tenso de lo habitual, más frío.

Lo esperaba al lado de la estación, apoyado en un Seat 600 de color beige, mientras trataba de encender un cigarro.

Subieron al coche y se pusieron en marcha de inmediato. Andrés conducía bruscamente, y respiraba aquel humo sin reparo alguno.

—Los guardias civiles dicen que el niño deliraba antes de morir —explicó Andrés.



Hablaba de pinturas en la roca, de extrañas formas y palabras aberrantes. Muy feo el asunto.

—Lo que me sorprende es que fuera capaz siquiera de hablar tras caer de esa altura.

¿Cuánto fueron, cuarenta metros?

Andrés giró a la izquierda, dejando atrás los últimos edificios, hasta llegar a un paisaje repleto de prados verdes y de montañas que se sentían cada vez más cercanas.

—Sí, quizá un poco más incluso —afirmó—. Lo encontró un pastor, un conocido de la familia. Dice que no era la primera vez que lo veía por allí.

—¿Y le sacasteis alguna información al señor?

—Nos habló de una cueva que el niño visitaba con asiduidad.

De pronto volvieron a ver algunas construcciones en la distancia. Estas parecían más rudimentarias que las de la ciudad, y varias disponían de terrenos vallados.

—No tenemos registro de ningún yacimiento conocido por esta zona. ¿Te dijeron de qué tipo de pinturas se trataba?

—Creo que los únicos que han ido a la cueva son el inspector y un guarda forestal —dijo Andrés mientras daba otra calada—. Me crucé con el guarda al llegar, pero no dejó nada en claro. Me pareció un tipo extraño. Demasiado sonriente.

El coche traqueteaba, recorriendo la carretera de grava, levantando a su paso una humareda de polvo. Varios perros se acercaron a las verjas a ladrar al vehículo mientras sus dueños los miraban impasibles.

—Si te digo la verdad, a la policía ya le importa poco, porque lo han registrado como un mero accidente. Pero sabía que a ti te interesaría el asunto.

—Sí, te agradezco que me llamaras.

Aparcaron el Seat en un descampado a las afueras del pueblo. Andrés cerró con llave, cogió una mochila y un par de linternas del maletero y se dirigió con su compañero por un camino que daba al bosque. Allí los esperaba el agente forestal junto a un policía. Tras saludarse, los guiaron hacia el lugar del suceso.

—Entonces ¿fue usted quien encontró el cuerpo?

Se trataba de un hombre de unos sesenta años, de cabello canoso con una prominente calvicie, y un rostro afable como pocos. Parecía abatido, incapaz de

aceptar lo que había ocurrido. Le temblaban las manos, y su voz era débil, lejana.

—Lo encontré al volver. Pobre muchacho.

—Por favor, enséñeme el lugar exacto.

El señor se adelantó y subió la ladera, alejándose del camino. Sus pisadas eran firmes, como las de cualquier hombre de montaña, aunque su espalda arqueada y aquella triste mirada borrraban cualquier rastro de la fuerza que le quedara.

Cruzaron un pequeño charco y, al cabo de un rato, encontraron un sendero rocoso y escarpado. El señor andaba diez metros por delante del resto, y de tanto en tanto echaba la vista atrás para comprobar que siguieran allí. Por suerte, el doctor Celso era un hombre de mundo, acostumbrado ya a andar por terrenos montañosos. Se había criado en la montaña y, por su profesión, había hecho varias expediciones a Egipto, Mesopotamia e Israel.

El sol empezaba a caer cuando llegaron a la linde del bosque. Un muro de piedra se alzaba a unos cien metros, y un manto de hierba salvaje cubría la tierra que los separaba de él, formando parches irregulares.

—Allí es.

El pastor fue a sentarse en un tronco caído. El policía habló con la oficina por walkie-talkie y el guarda forestal revisó el perímetro, mientras avanzaban hacia el lugar donde había caído el niño.

—Así que aquí fue donde lo encontraron —susurró Celso, ensimismado.

Sacó un bloc de notas de su mochila y Andrés le entregó una de las linternas.

—Nos tocará volver al amanecer, pero si quieres puedes echar un vistazo rápido y tomar algunas fotos.

—Con esta luz será difícil sacar algo en claro, pero lo intentaremos.

El policía se acercó a los hombres y sujetó a Celso por el hombro.

—Disculpe señor, no puede acercarse tanto al lugar del accidente. Tiene un permiso para analizar el otro asunto, ya que es usted un experto en la materia, pero nada más.

—Sí, sí, disculpa. ¿Dónde dicen que se encuentra esa cueva?

El guarda forestal les hizo una seña para que se acercaran. El sol teñía su rostro de rojo, confiriéndole un aspecto temible.

La tensión en el ambiente era notable. Tanto el pastor como el policía parecían extenuados, el uno harto de interrogatorios y el otro cansado de ir de un lado a otro, en busca de respuestas y ayuda para la investigación.

Celso frunció el ceño y se imaginó el cuerpo desamparado del chaval. ¿Qué habría visto el niño en aquel lugar? La respuesta obvia era que las palabras que balbuceaba se debieran a la contusión cerebral. Cuando llegaron al claro del bosque, pensó inocentemente que quizá el césped había acolchado el terreno y que, gracias a eso, había logrado sobrevivir un tiempo más, antes de caer presa de la noche. Pero el cuerpo se había encontrado en una zona de tierra, donde se veía claramente una porción desplazada por el impacto.

El guarda los llevó por un sendero. El policía encendió también una linterna y, junto al pastor, esperaron en el claro a que volvieran.

El camino era escarpado y sinuoso, pero no tardaron más de media hora en llegar al pequeño saliente que llevaba a la entrada. Desde allí se podía ver todo el valle, incluso las lejanas luces del pueblo tintineaban en la distancia.

—¿Lo veis? Es aquí. No hace falta adentrarse mucho para ver las pinturas —comentó el guarda.

—Desde luego es un camino curioso. ¿Cómo ha sido capaz de llegar hasta aquí un niño tan pequeño? —inquirió Celso.

—Se sorprendería de lo que son capaces los niños. En nuestro pueblo es habitual que de tanto en tanto se pierda alguno, pero suelen salir de algún matorral a los dos días. Estamos en la montaña, es adaptarse o morir.

Celso sonrió forzosamente ante aquella respuesta tan preocupante, pero intentó no darle demasiada importancia.

Andrés se adelantó, se abrochó el abrigo y se apoyó en una roca para cruzar hasta el saliente que daba a la cueva. Los demás lo siguieron y, al entrar, vieron su silueta recortada por la luz de la linterna. Al principio parecía intrigado, pero quizá el cansancio había logrado hacer mella en él, ya que, nada más llegar, echó un vistazo rápido y se dio la vuelta.

—Pues aquí estamos —comenzó a decir Andrés—. Los de arriba nos dieron permiso para analizar las pinturas que se encontraron aquí, así que aprovéchalo. No creo que tengan nada que ver con el caso, pero aun así me gustaría saber lo que piensas. Al fin y al cabo, te dedicas a descifrar esas cosas, ¿no es así? —señaló, mientras encendía otro cigarrillo, mirando al horizonte.

El guarda forestal dejó atrás a Andrés y apuntó con la linterna a la pared.

—Es aquí, señores. Son ciertamente hipnóticas, ¿no creen?

Celso se acercó al lugar al que señalaba. Las paredes estaban cubiertas de sinuosas pinturas, nada que ver con las representaciones de caza a las que estaba tan habituado. Los trazos eran ligeros, pero sentía en ellos una densidad indescriptible.

Las líneas dibujaban figuras antropomorfas en el mejor de los casos, pero también abstractas y alargadas, de rostros amorfos y rodeados de lo que no podían ser más que sombras o errores de dibujo.

Celso sintió que le faltaba el aire. Le temblaba el pulso, como al pobre señor que les había guiado, y era incapaz de apartar la mirada de aquellas formas.

—¿Y bien? ¿Lo reconoces? —inquirió Andrés, apartando la vista del cielo del atardecer.

Celso tenía la vista clavada en la piedra. Intentó anotar algo en el bloc de notas, pero, al hacerlo, dejó caer el lápiz por error.

El guarda se alzaba al lado de Celso, mirándole fijamente. Parecía alegre, muy feliz de ver al doctor analizar con tanto detenimiento aquellas escrituras tan antiguas.

Y, de pronto, una sucesión de imágenes ancestrales recorría su mente. Sintió el jadeo de la bestia huyendo, el sudor de un hombre corpulento a su lado, deteniéndose a lanzar una piedra a la criatura. Él corría de nuevo, agarrando con fuerza la lanza. Caía la noche, y la bestia corría a refugiarse entre los árboles.

Y, ¡cuán errados habían estado al seguir al pobre animal!

—Oye, ¿te encuentras bien? —Andrés se le había acercado, preocupado por el silencio del doctor—. Si prefieres volver mañana a revisarlo, puedes tomar algunas fotos y lo dejamos por hoy. Ha sido un día largo para todos.

El animal yacía ahora en el suelo, en un charco formado por su propia sangre. Su boca gesticulaba, igual que la de un humano, y rugía al aire de la noche palabras sin forma.

Sus compañeros caían a su lado, presa del miedo. Sus ojos giraban desorbitados, y él corría, corría sin parar, sin mirar atrás ante el temor a lo innombrable.

Pero entonces lo vio, con aquellos ojos que no eran suyos. Aquel temor primordial grabado a fuego en sus venas, en la piel de sus tan lejanos ancestros. Llegó a un charco y, en el reflejo del agua, alcanzó a ver su silueta. Y nada más.

De golpe, un chasquido rompió el aire. Andrés intentaba encender de nuevo el cigarrillo que tenía en la boca, que se había apagado repentinamente. Celso giró la vista hacia el mechero y, al hacerlo, salió del ensueño.

—¿Estás bien?

Celso retrocedió instintivamente, bajando la vista al suelo.

—No tiene sentido.

El guarda seguía plantado allí, en silencio absoluto. La linterna de Andrés parpadeó.

—No son pinturas —susurró Celso—. Son advertencias.

—¿Advertencias? ¿De qué hablas?

Celso no respondió de inmediato. Aún sentía en la piel el eco de aquel miedo ancestral. El guarda se adelantó, inclinándose para examinar más de cerca las figuras en la piedra.

—¿Advertencias de qué? —insistió ahora el guardabosques.

Celso levantó la vista hacia él, y por un instante creyó ver otra cosa en su rostro. Algo antiguo, algo imposible. Parpadeó, y la visión desapareció.

—Tenemos que irnos —susurró.

El aire dentro de la cueva se tornó denso, y sintieron cómo sus movimientos se entorpecían poco a poco.

—Mierda —murmuró Andrés—. Mejor tomemos las fotos y larguémonos de aquí.

Celso asintió, pero sabía que ya era tarde.

Las sombras en las paredes parecían moverse, deslizarse de forma imperceptible, retorciéndose en los límites de su visión.

Y entonces lo escucharon.

No fue un gruñido ni un susurro. No fue un sonido reconocible. Fue algo más primitivo, más profundo, algo que resonó dentro de sus huesos, que hizo que cada uno de ellos sintiera, por un segundo, lo mismo que aquellos cazadores de antaño.

El horror absoluto.

Andrés intentó encender el mechero, pero la chispa nunca llegó a prender. Celso retrocedió unos pasos hacia la entrada, soltando la linterna.

El guarda ni siquiera se movía, siempre sonriente, mirándolos ahora fijamente.

Celso sintió el impulso de correr, pero detrás de ellos tan solo se encontraba el vacío. Y entonces lo entendió. No había sido un accidente.

Y ellos habían seguido a la persona equivocada.

# EL TRONO DE KIL

## POR BEATRÍZ T. SÁNCHEZ

\* \* \*

De entre todos los niños de la aldea, ella era la más soñadora, la más deseosa de escuchar y conocer, a través de los relatos de los mayores, el pasado de aquellas ruinas que se escondían en la selva. Las ruinas peligrosas. Los muros prohibidos detrás de los helechos.

A medida que crecía, se fue dando cuenta de que la abuela había sentido lo mismo tiempo atrás, cuando tenía su misma edad. Por eso, eran las únicas que, en sus paseos, llegaban hasta la misma Cerca. Una pared alta de hileras de piedras grandes y lisas, oscuras, consumidas por la maleza, de entre la que sobresalía tan solo parte de su trazado, una curva amplia, abierta, más allá de los huertos vecinales. El fin del mundo para ellos. Detrás, la jungla y el miedo. La abuela y ella no compartían un temor tan intenso hacia la antigua raza. ¿Quién podía afirmar, sin el menor asomo de duda, que fueran brujos, que fueran tratantes de esclavos, que habían sido caníbales? Cada vez estaba más convencida de que todo aquello no eran más que exageraciones envidiosas, motivadas por el poder y riquezas que habían acumulado.

Más allá de la Cerca, dormía hundida entre hierbas y lianas la capital de un gran reino. Algunos aseguraban que había llegado a dominar todo el norte de las regiones albas, alcanzando el mar. Para ella, el desconocido océano era un lago inmenso y quieto, sobre el que flotaban enormes canoas cargadas de raros productos, representando los barcos mercantes de las leyendas. Seguramente había muchas exageraciones en los relatos sobre el antiguo reino de Kil, ideadas para mantener alejados a los ladrones de las riquezas que, razonaba ella, todavía se amontonaban en los sótanos y cámaras de los palacios muertos.

La sensación de crecer, de estar abandonando una etapa vital, se entremezclaba con la curiosidad por lo que se escondía detrás de la Cerca. Ya no era completamente una niña, y podía afrontar horizontes más grandes. Mientras ayudaba a su madre en las labores domésticas y cuidaba a sus hermanos menores, su mente seguía al pie del muro.

Después de la comida, la abuelita tejía cestos, sentada delante de la choza. A veces la ayudaba, aunque ella no era tan hábil. La anciana sonreía con su boca medio desdentada y le decía que era cuestión de práctica. Que, cuando tuviera su edad, le saldrían igual de bien. Entonces, empezaban a recordar las piedras preciosas de las diademas ceñidas en las frentes de las nobles cabezas del reino de Kil, las delicadas túnicas de las damas y la anchura de los caminos que llevaban a la próspera capital, ahora engullidos por la selva, desaparecidos bajo la espesa superficie vegetal crecida sobre sus losas. Ya no quedaban muchos juncos secos a mano. Se ofreció a ir a por un par de gavillas, para el día siguiente. La abuela le dijo que no las hiciera demasiado grandes.

Su amiga Mo-ta, su hermano mayor y su madre recogían en los frutales sibis maduros detrás de su choza. Los saludó. También lo hizo más adelante con el padre de Ka-The, que regresaba del huerto. Atravesó la cuidada extensión que daba alimento a la aldea, plantada de verduras y hortalizas, dividida en una maraña de senderos, tapias bajas y setos vivos. El terreno se ondulaba y la vegetación se volvía más rebelde a medida que se iba aproximando a la Cerca.

La miró y luego levantó la vista. No temía a la selva que se alzaba imponente con sus árboles gigantes, apretujados y frondosos.

Caminó siguiendo el muro hasta el riachuelo. Ya sabía cuáles eran las mejores plantas. La mano juntaba haces y la hoz cortaba. En cierto momento, un águila chilló sobre su cabeza. La contempló. Le gustaba observarlas, trazando sus círculos allá arriba, en el azul del cielo.

Al rato, bajando la vista para continuar con su tarea, reparó en algo que hasta entonces nunca había notado: una brecha en aquella pared de piedras arcaicas. El tajo las dividía en dos, descendiendo hacia el suelo y torciendo a la izquierda. Era muy estrecha, pero profunda, dejando apreciar el grosor de la enorme mampostería. Parecía el araño de un togá enfadado sobre un pastel de sibi de varios días, pero a gran escala.

La grieta no llegaba a traspasar la muralla, solo las hiladas exteriores. Se acercó. Metió la mano. El corazón latió más fuerte en su pecho. Era la primera vez que tocaba la temible reliquia. Observó con atención. Aunque había estado allí muchas veces recolectando juncos, nunca hasta ese momento había notado que, en esta parte junto al riachuelo, la Cerca parecía más deteriorada. Más vencida por el tiempo, incluso más baja. Pero la espesura y el suelo encharcado



no invitaban a adentrarse hasta ella. Actuaban como una armadura impenetrable, protegiendo esa carne de piedra de cualquier contacto.

Dejó la gavilla recién hecha y la hoz clavada en ella para no perderla. Quería cruzar el río y la maleza, hasta donde el muro era tragado y vuelto invisible por el manto verdoso. Se desplazó lentamente al borde de la orilla, sopesando el terreno, calibrando cada arbusto, tronco y liana. Se acabó fijando en una rama, no demasiado alta. Se extendía de lado a lado, sobre el riachuelo. Ya empezaba a sentirse demasiado grande y adulta para andar subiendo a los árboles, pero todavía no era muy pesada. Iba a intentarlo. No había nadie que pudiera verla. El árbol era viejo y la rama gruesa. Cuando empezó a combarse, consiguió aferrarse a otra que pasaba por encima, procedente del lado opuesto. Se movió y bajó con cuidado, sin prisa. La selva rodeaba la aldea por todos lados y, antes de preparar y cultivar el amplio calvero, sus antepasados habían morado en ella. Esa historia de los mayores pertenecía a su pueblo, no a la de la antigua raza, y explicaba su agilidad para trepar, lo bien que conocían cada árbol.

En el suelo se sintió más insegura. Estaba en una parte no hollada por los pies de los suyos. Memorizó la orilla de donde había partido y luego le dio la espalda, hacia la Cerca.

El suelo estaba blando y, por instinto, retrocedía si veía que empezaba a hundirse demasiado. En un par de ocasiones, el fango le había llegado hasta las rodillas. La maleza y los juncos eran más altos que ella, la rozaban, enredando sus piernas, abriendo cortes y rasguños que apenas notaba. Cuando ya empezaba a asustarse un poco, sus manos chocaron con la piedra. Se pegó al muro, cerrando los ojos, intentando ahuyentar el deseo de regresar. Muy despacio, con el cuerpo frotando la superficie irregular, siguió la dura pared vertical, dejando que las yemas de los dedos se deslizaran, buscando alguna peculiaridad.

Al final, lo encontró. Una parte parcialmente demolida por una inmensa raíz, que brotaba y se retorció antes de volver a desaparecer bajo tierra, empujando, excavando y desperdigando las hileras inferiores. Subió por unas piedras, desprendidas del muro, pero firmemente asentadas en el terreno desde hacía tiempo, y examinó la abertura.

Un hilo de luz procedía del fondo de la hueca negrura. Suspiró, imaginando las diademas de piedras preciosas que tomaría para la abuela, para mamá y papá, para sus dos hermanas y su hermanito. Las copas de oro y los collares de plata. Cuando el destello de los tesoros disminuyó en la oscuridad, vio que esta era

real, y no una ensoñación. Ya estaba arrastrándose por el túnel providencial, de bruces, impulsándose con los codos, las rodillas y los pies. Sus pechos estaban creciendo y era incómodo aplastar el torso contra ese engrudo de tierra, piedras y arcilla en polvo que formaba el suelo sobre el que reptaba.

El muro no se cayó sobre ella, ni se quedó atascada, a pesar de la estrechez del pasaje. De haber tenido unos pocos años más, no habría cabido por él. Pero lo había conseguido. Se felicitó a sí misma para sus adentros, mientras reparaba en sus manos y piernas ensangrentados. Se limpió con una hoja de una palma de un verde estriado, sintiendo en el acto el escozor de unos cortes y rasguños que hasta el momento había ignorado.

La visión que se le ofrecía era menos impresionante de lo esperado. La selva había empañado el esplendor original, masticando y derribando a placer, tal como la amorfa raíz ya había hecho con el gran muro. La fronda opacaba estructuras por aquí y por allá, cúpulas, torres, y árboles inmensos crecían en paredes arruinadas, ramas y raíces convertían arcos, dinteles y umbrales en negras entradas a cavernas. Una sombra húmeda y fría cubría la ciudad, de cuya vastedad tan solo llegaba a atisbar un pequeño fragmento.

Deambuló por las zonas más despejadas, plazas olvidadas, escalinatas punteadas de hierbajos, mientras el tiempo se disolvía en una masa uniforme sin principio ni fin. El cielo había desaparecido y apenas algún rayo de luz era capaz de atravesar el tejado vegetal que se entrelazaba en lo alto. Tenía que volver, la estarían echando de menos. Entonces, se estremeció de puro miedo. No sabía dónde estaba, desorientada, sin poder ubicarse en medio de aquel caos. Sintió que había flotado, apenas consciente de sí misma, durante largo rato. Acababa de despertar de ese estado; y ahora sí estaba asustada.

Subió a un pasamanos de piedra corroída, sobre un balaústre de formas curvas que asemejaban a fieras enfrentadas. Así, llegó a la cima de una masa de ruinas que, antes de colapsar, debió pertenecer a un pequeño edificio hexagonal. Desde allí, buscó la Cerca en la distancia, pero, mirara donde mirara, todo lo que veía eran ruinas y árboles obstruyendo su escrutinio.

Había sido tan tonta, creyendo que todo sería simple y fácil... y es que se dio cuenta de que, verdaderamente, un sortilegio protegía la ciudad. Esto que le sucedía formaba parte del encantamiento. No lo dudaba. Bajó del fortuito mirador y un insecto crujió bajo su suela. Las lágrimas asomaron. Temblaba. Si la magia formaba parte del lugar prohibido, las otras cosas que se susurraban

sobre los señores de Kil podría ser cierto. Tenía que salir de allí lo más rápido posible. Era abrumador sentir la propia debilidad e insignificancia ante todo lo que la rodeaba. Ante el poder de los que, muchos siglos antes, habían habitado este lugar. Temía haber quedado atrapada y condenada a dar vueltas y vueltas hasta caer muerta, sin encontrar nunca la salida.

Fue lo que hizo. Caminar y caminar. Su temor parecía confirmarse por momentos. Buscaba la estructura más alta. Necesitaba elevarse sobre el dominio de las ruinas y escombros, para ampliar su perspectiva y ubicarse. Agotada, acabó topándose con una explanada particularmente extensa, llana y despejada. Precedía a una pirámide, una joroba, una colina donde lo vegetal y lo tallado se alternaban y confundían. Tenía que sacar fuerzas e intentar alcanzar aquella altura magnífica.

La blanda somnolencia regresó a su cuerpo. Subía, al menos. Y, cuando volvió a recuperar el sentido, se encontraba casi arriba. No quería sentir vértigo. Quería alcanzar el dosel de mármol negro que coronaba la cima, brillando a la luz dorada del ocaso. Notó el viento. Una ligera brisa que parecía susurrar en su oído: «Niña, niña...»



Se apoyó en una columna, recuperando el aliento. Apartó el cabello pegado de la frente sudorosa. «Niña...» Debajo del dosel porticado había un trono, también de mármol negro. Podría sentarse a descansar y otear el horizonte. Era alto, le costó acomodarse. Los pies le colgaban. Titubeó antes de estirar los brazos a los lados y dejar manos, antebrazos y codos descansando en los apoyabrazos. La noche empezaba a cubrir el mundo. Vio el océano tal como era, con las olas estrellándose contra playas lejanas. Vio la aldea. Vio a los suyos antes de dormirse.

La reina despertó furiosa. Tan codiciosa como siempre. Entonó de nuevo el canto a los dioses subterráneos, prometiendo sangre a cambio. Y con su poder, despertó a su parentela también. Sus osamentas salieron de las criptas y se dirigieron a la pirámide palacial. Pronto se apoderarían de más cuerpos, de más

vidas, libres del hechizo de un mago que no era más que polvo en una tumba olvidada en las regiones albas.

# EL QUE RÍE

## POR QUINO SUÁREZ

\* \* \*

El viento arreciaba mientras cuatro hombres avanzaban por el bosque de camino a casa. De entre todos ellos, destacaba el que encabezaba la marcha, un individuo con barba, de larga cabellera castaña. Era un hombre fuerte y musculoso, que sobrepasaba los dos metros de altura. Un verdadero Titán. Y, sin embargo, no era eso lo más llamativo en él. Sobre sus hombros cargaba con el cuerpo de un tigre dientes de sable, sin heridas visibles, transportado como si de un simple tronco se tratase.

—Sigo sin saber cómo lo haces —comentó el hombre que iba por detrás y a su derecha, caracterizado por su piel pálida, pelo rubio y ojos del color del cielo— ¡lo has cazado como si fuera un conejo, partiéndole el cuello con tus propias manos!

—Lo que yo no entiendo es cómo los demás no podéis. ¡Si es muy fácil! Velocidad y precisión

—¿Has escuchado eso, Albo? —intervino el compañero de la izquierda, un hombre robusto de larga barba y cabellos cobrizos, dirigiéndose al rubio— Fácil dice. Supongo que con esos brazacos que tiene... ¡fijaos bien! Sólo uno de ellos ya es tan alto como Canto

Todos rieron, incluido el aludido, un hombre bajo, regordete y completamente calvo.

—Cualquier canto es más duro que tu mollera, Taheño. ¡Más te vale no olvidarlo!

— ¿Buscas pelea, pequeñín? —Taheño se detuvo sonriendo  
Canto lo miró y alzó los puños, también radiante.

—Cuando y donde quieras.

Otra carcajada general estalló por todo el grupo.

—Ya pelearéis al llegar a la aldea, amigos —interrumpió Titán—. Todavía nos queda un buen trecho y pronto anochecerá. Hasta puede que os otorgue el honor de pelear contra mí.

—¿Honor? —Taheño abrió los ojos de par en par, pretendiendo indignación— Si participas tú ya no tiene gracia. ¡Nos ganas a todos fijo! De nuevo, las risas de los amigos se oyeron por todo el bosque, mientras continuaban su camino a casa. Tardaron unas pocas horas en llegar, pero, cuando lo hicieron, fueron recibidos con vítores y alabanzas. Atravesaron la aldea, conformada por chozas de madera, hasta llegar a la del fondo, la más grande. En ella, un hombre corpulento y avejentado los esperaba con evidente orgullo. Era el jefe de la tribu, además de...

—¡Titán, hijo mío! —exclamó radiante— De nuevo enorgulleces a nuestros ancestros con tu talento para la caza.

Titán le agradeció a su padre por sus palabras. Este había recibido su nombre, «Airado», al cumplir su mayoría de edad, tal como sucedía con todos los miembros de la tribu. Era un nombre que venía de que, en su juventud, siempre había sido malhumorado y temperamental. Todos recibían el nombre debido a alguna característica predominante de su físico o personalidad. Sin embargo, el del jefe perdía sentido cada vez que veía a su hijo, al que siempre había adorado. Desde antes incluso de que empezara a traer gloria a su linaje y a su tribu. El tigre dientes de sable era la pieza más valorada por la tribu. Su carne sería el plato principal de los festejos del solsticio de invierno, en el que daban las gracias a los Espíritus por las cosechas y hacían ofrendas para que les ayudaran a sobrevivir en la mitad oscura del año. Eso decía siempre la chamana, pero la verdad es que Titán nunca había creído demasiado en esas cosas.

Cuando el sol se puso, comenzaron los festejos. Danzas, cánticos y rituales a la luz de una hoguera se sucedieron bajo el abrigo de la noche. Titán bebía ya su tercer cuerno de licor cuando ocurrió. Una risa estridente y tétrica rompió la alegría de los festejos y amortiguó todo otro sonido en la aldea. Titán buscó con los ojos el origen de esas carcajadas hasta que halló la solitaria figura de un hombre. Era alto y enjuto, cubierto por una túnica con capa de piel negra. Pero su rasgo más marcado era su siniestra sonrisa. El jefe Airado se quedó mudo, pero su sorpresa rápidamente dio paso al rubor de la ira.

—¡Tú! —bramó, más iracundo de lo que cualquiera lo había visto nunca— ¿Cómo te atreves a volver aquí? ¡Te desterré! ¡Y en el solsticio de invierno nada menos! Insultas a toda la tribu con tu sola presencia. Y lo que es peor: ¡insultas a los espíritus!

Aquel hombre extraño lo miró con fingida lástima, como si la estupidez de su interlocutor lo conmoviera. Su sonrisa se ensanchó aún más, aunque cualquiera hubiera pensado que eso era imposible.

—Me importa muy poco cómo puedan sentirse tus espíritus inventados, hermano.

—¿Cómo te atreves a llamarme así! Yo no tengo ningún hermano. ¡No desde el día en que asesinaste a nuestra madre!

«¡Claro!» pensó Titán. Ya sabía quién era aquel extraño hombre. Ese hombre debía ser «El Que Ríe». Su madre le había hablado de él cuando Titán era niño, antes de que las fiebres se la llevaran. Por lo visto, Airado había tenido un hermano al principio de su vida. Aquel hermano había mostrado ciertas dotes espirituales, así que la chamana lo había instruido para convertirlo en su sucesor. Sin embargo, en algún momento, su tío se descarrió y entró en contacto con «espíritus malignos». Fue entonces cuando esa sonrisa apareció en su rostro y la vergüenza empezó a cernirse sobre la tribu. Comenzó a practicar la herejía y pronto, a cometer auténticos crímenes. El horror alcanzó su punto álgido cuando Airado encontró a su hermano realizando un ritual impío en el que había sacrificado a su propia madre, la abuela de Titán, a esos espíritus perniciosos que le habían devorado el seso. En aquel momento, Airado ya era el jefe de la tribu y, llegados a ese extremo, tuvo que expulsarlo de la tribu, so pena de muerte si se atrevía a volver.

El Que Ríe estalló en carcajadas mientras salía de la aldea. Para no regresar... o eso pensaban. Titán recordó haberle preguntado a su madre por qué padre no lo mató:

—Ese hombre mató a su madre, la madre de ambos. ¿Cómo pudo padre sólo expulsarle?

Su madre le respondió que, tras la muerte de su madre, El Que Ríe se había convertido en la única familia que le quedaba y que, probablemente, no tuvo fuerzas para acabar con su vida, a pesar de todo lo sucedido.

Titán regresó como pudo al presente, aun embriagado por la bebida. Su padre y su tío seguían enfrentados el uno al otro. Su padre estaba cada vez más furioso y su tío cada vez más eufórico.

—¿A qué has venido aquí, alimaña inmunda? ¿Te has cansado de vivir?

—Pues... —El Que Ríe hizo un ademán, como si tuviera que pensarlo— creo que venía a apoderarme de esta tribu, hermano

La cara de Airado se contorsionó aun más. Estaba levantándose, rojo de ira y dispuesto a cerrarle la boca a su hermano a base de golpes. Pero, para su sorpresa, tres hombres saltaron repentinamente para abalanzarse sobre él. La impresión le impidió a Titán reaccionar. Él conocía a esos hombres... ¡eran de la tribu! ¡Gente con la que Titán había crecido! Caramarcada, Matalobos y... ¡Taheño! Todos inmovilizaban a su padre, con sonrisas tan horribles como la de El Que Ríe en sus rostros. El Jefe intentó zafarse, pero eran demasiados y demasiado jóvenes y fuertes.

—Aunque, creo que en realidad tu tribu ya es mía —una risa estridente inundó el lugar y no llegó a ser sofocada por los gritos que nacían de algunos de los presentes. De algunos, pues muchos otros se limitaban a observar, sonrientes.

Titán se levantó rápidamente para liberar a su padre, pero sintió algo punzante atravesar su costado. Albo, su amigo de la infancia, con el que había vivido aventuras y realizado mil travesuras, sonreía ahora diabólicamente mientras apretaba el mango del cuchillo con el que acababa de apuñalarlo.

—¡No, amigo! —le dijo— No te metas. No querrás arruinar la diversión, ¿verdad?

Albo retorció el cuchillo en el interior del costado de Titán. El dolor fue grande, pero no tanto como lo era ver cómo aquellos hombres descuartizaban a su padre al son de las risas de su tío. Albo sacaba y metía el cuchillo en su carne, impidiéndole hacer nada. Así, Titán tuvo que limitarse a observar, impotente, mientras aquellos locos a los que alguna vez había llamado «amigos» apresaban a unos de los miembros de la tribu y asesinaban a otros. El pequeño Canto, el único de sus camaradas que no había perdido el juicio, fue uno de los caídos. Titán cayó al suelo, en el que yació inmóvil durante toda la revuelta, mientras la sangre se escapaba de su cuerpo. No habría sabido decir cuánto tiempo pasó exactamente hasta que todo el estruendo se apagó. Fue entonces cuando El Que Ríe se le acercó.

—¿Así que tú eres el heredero de mi hermano, eh? Lo siento, pero ahora yo soy el jefe y no necesito heredero alguno. ¡Mi Maestro es eterno y él le entregará este insignificante mundo! —El Que Ríe se volvió hacia Albo y Taheño— Ahora, deshaceos de él.

Sin saber quién era ese «Maestro» del que su tío hablaba, ni realmente acabar de aceptar lo que había pasado, Titán fue arrastrado por sus antiguos amigos



hasta el desfiladero que había unos kilómetros al oeste de la aldea. Una estruendosa risa fue la única despedida que le dedicaron antes de tirarlo al negro abismo.

Toda su vida, Titán había sido grande, fuerte y admirado. Sobretudo fuerte. Pero ahora se encontraba débil e impotente ante el destino que lo engullía. Ni siquiera era capaz de mantenerse consciente, pues notaba como su mente se iba sumiendo en la oscuridad ¿Era así como acabaría su historia? ¿Su leyenda?

No.

Despertó en lo que parecía ser una cueva. Podía notar todo su cuerpo dolorido y cubierto por vendajes. También notó que había algo caliente cerca de él. Cuando abrió los ojos, descubrió que una hoguera iluminaba la estancia. Y, junto a ella, a una mujer.

—¿Quién...? —su voz era un susurro, estaba cansado y malherido.

Ella lo miró e hizo un gesto con las manos, como para que no se levantara. Era la mujer más hermosa que Titán había visto nunca: piel blanca como la leche, cabello largo y rojizo cayendo sobre sus hombros y ojos tan marrones y profundos como el interior de la Tierra. Ella posó sus manos sobre su pecho e hizo que se tumbara, con un movimiento suave. Le explicó que le había encontrado y cuidado de él. Que no se explicaba cómo, pero que había sobrevivido a sus lesiones de milagro. Había pasado un mes entre los delirios y la inconsciencia. Ella había curado sus graves heridas, aunque le había costado un gran esfuerzo. Y, aun así, estaba sorprendida, pues cualquier otro hombre estaría muerto.

Cuando Titán volvió a interesarse por su identidad, la mujer dijo llamarse Llama. Al parecer, procedía de una aldea a varias leguas de allí. Un día, El Que Ríe había aparecido, exigiendo que todos lo adoraran a él y a su Maestro. Todos se negaron, pero, entonces, tocó a varios en la frente con sus dedos índice y corazón. Tras unos instantes de sufrimiento, volvían en sí enloquecidos y sonriendo. Estos «hombres sonrientes» asesinaron a los demás aldeanos. Sólo ella logró escapar. Tras un año, El Que Ríe se cansó de sus sirvientes e hizo que todos se suicidaran en un extraño y surrealista rito.

A Titán se le encogió el corazón en el pecho. ¿Era ese el destino que su tío le tenía reservado a su gente? ¿A cuántas tribus más les habría hecho lo mismo? El Que Ríe había pasado veinte años en el exilio. A Titán no le gustó lo que parecía indicar eso.

—¡No podemos permitir que El Que Ríe quede impune! —Titán estaba rabioso.

—¡Claro que no! —Llama sonrió— De hecho, creo que el destino te ha salvado por esa razón. Si nos asociamos, podremos matarlo a él y a sus seguidores

Llama explicó que, aunque El Que Ríe decía estar respaldado por un Espíritu poderoso, él era sólo un hombre. Si podían acercarse lo suficiente, deberían ser capaces de asesinarlo. Pero tendrían que llegar hasta él. Allí entraba Llama, pues era una hábil arquera, la mejor cazadora de su extinta tribu. Si Titán y ella trabajaban juntos, pasar entre sus seguidores no debería ser muy complicado.

—Así que me ayudarás a atravesar el territorio de mi tribu y, a cambio, yo vengaré a nuestros muertos.

La joven asintió, pero su cara reflejaba tristeza. No le resultaba fácil lo que le iba a decir:

—Sin embargo, ten en cuenta que sus nuevos acólitos son tu gente. Podría entender que te resultara difícil...

Titán lo meditó. ¿Sería cierto? ¿Le resultaría difícil enfrentarse a sus antiguos amigos? Habían sido sus vecinos, sus hermanos, su gente. Pero entonces lo vio claro:

—Ellos ya no son nadie para mí. ¡Me traicionaron! Y a todos los demás. Todos los que murieron torturados aquel día era mi verdadera gente. Y serán vengados.

Llama asintió y envolvió las manos de Titán con las suyas, apretándolas con fuerza.

—Bien. Ahora descansa, debes recuperar fuerzas para cuando nos enfrentemos a ese brujo.

Pasaron tres semanas hasta que Titán se recuperó del todo. A la vez que su cuerpo sanaba, procuró entrenarse. Recuperar la habilidad que pudiera haber perdido. Junto a él, Llama practicaba con el arco: no le había mentido al decir que era una gran arquera. No sólo nunca la vio fallar un disparo, sino que la joven recargaba a una velocidad inigualable. Titán nunca había visto nada igual. En su tribu no había nadie a su altura.

Tal vez fuera por eso, o tal vez por la forzada convivencia, pero los dos jóvenes, de edad similar, se fueron acercando cada vez más. Titán empezaba a sentir algo por esa joven. Algo que no había sentido nunca por ninguna otra

persona, más allá de la estima y la simple amistad. Algunas miradas y acciones de Llama le hacían pensar que era correspondido. Desgraciadamente ninguno de los dos dio nunca el paso. El Que Ríe era su única prioridad.

Tras esas semanas, por fin estuvieron listos. Titán estaba totalmente recuperado de sus heridas, y su determinación de asesinar a El Que Ríe le hacía sentirse más fuerte que nunca. Llama y él salieron de la cueva y atravesaron el bosque, cobijados por la oscuridad de la noche. Llegaron rápidamente a la entrada de la aldea, comprobando en el acto que no había hombres custodiándola, lo cual les sorprendió sobremanera. Se acercaron con cautela y vieron algo espeluznante: colgando de la empalizada que delimitaba el perímetro, había varios cuerpos desmembrados. Gente del poblado, los que no habían sido hechizados por su tío. La mirada de Titán los recorrió uno a uno, pero se detuvo en los restos del que había sido un hombre corpulento y avejentado, repartidos ahora por varios puntos de la empalizada.

—Oh no... padre...

Llama le miró consternada. Ambos sabían que no podían hacer nada en aquel momento, así que continuaron. Pero Titán se prometió volver y darles un entierro digno cuando todo hubiera acabado

Atravesaron la empalizada y entraron en la aldea, que durante tantos años había sido el hogar de Titán. ¡Qué extraño le resultaba ahora entrar como un invasor!

La aldea, otrora cálida y acogedora, le era ahora fría e indiferente. La mayoría de las chozas estaban desocupadas, fruto sin duda del divertimento de los «hombres sonrientes». Titán ya estaba harto. Era hora de terminar con todo aquello.

Llama y Titán se movieron raudos, pero sigilosos. Buscaron entre las cabañas aquellas todavía ocupadas y, entrando, fueron acabando sigilosamente con sus habitantes. Ella usaba sus flechas, pero Titán se bastaba con sus manos desnudas. Uno a uno, los «hombres sonrientes» iban cayendo. Entonces titán llegó a la casa de un viejo amigo: Taheño. Él había sido uno de los hombres que habían inmovilizado y desmembrado a su padre. Una ira homicida se apoderó de Titán mientras abría la puerta. Tan concentrado estaba que por poco no es capaz de esquivar la lanza que se dirigió casi instantáneamente contra su rostro. Taheño lo miraba sonriente.

—¡Titán! Estás vivo. ¡Cuánto me alegro! No todos los días tiene uno la oportunidad de matar a un amigo por segunda vez.

—¡Tú y yo no somos amigos! Y esta vez no me pillarás con la guardia baja... Taheño rió con ganas, absorto en sus propios pensamientos.

—Esto tenemos que celebrarlo todos. ¡Eh, amigos! ¡Titán ha vuelto! ¡Podemos matarlo de nuev...

Titán apartó la lanza del pelirrojo de un manotazo, agarró su cabeza y, con un rápido movimiento, le rompió el cuello. Pero no fue lo bastante rápido. De entre las viviendas empezaron a emerger unas risas espantosas. Eran relativamente suaves al principio, pero pronto se volvieron estridentes. Ese loco había despertado a toda la aldea o, al menos, a los que aun vivían. Multitud de pasos comenzaron a acercarse. Titán se volvió hacia ellos y vio a una veintena de hombres que lo rodeaban. Menos de los que esperaba. Uno de ellos llamó su atención, la blancura de sus rasgos era inconfundible.

—¡Cuánto tiempo, Titán! —exclamó Albo— ¿Has disfrutado del reencuentro familiar? Nos hemos esmerado mucho para que tu padre estuviera presentable.

Todos se rieron.

Titán ni siquiera respondió. Sólo se lanzó a por ellos. Los «hombres sonrientes» iban armados con cuchillos, lanzas y espadas. Pero no le importó. El encuentro que convirtió rápidamente en una carnicería. Todos intentaban herir a Titán, pero nadie conseguía darle antes de que él los atacara brutalmente. Pronto, los cuerpos ya se amontonaban en el suelo. A pesar de sus risas, a Titán le parecía evidente que tenían miedo. Y no únicamente de él. Desde la ventana de una choza cercana, una lluvia de flechas había empezado a caer, todas ellas clavándose en sus objetivos. Llama nunca fallaba.

De repente, Albo echó a correr hacia la choza más grande de todas, la que había pertenecido a su padre. Titán lo tuvo claro: El Que Ríe. Miró fugazmente a Llama y esta le gritó que fuera tras él. Que ella se ocuparía de los demás. Titán asintió y echó a correr hacia su antiguo amigo, mientras recordaba las punzantes puñaladas que Albo le había dado a traición en la noche del Solsticio.

Albo corría a gran velocidad, pero no era rival para la extraordinaria forma física de Titán, quien lo alcanzó cuando casi había alcanzado la puerta. Albo gritó a pleno pulmón, pidiendo la ayuda de El Que Ríe.

—Así que quieres llamar a tu señor, ¿no es así? —dijo Titán, disfrutando de cada palabra— ¡Qué descortés eres! ¿Nadie te ha enseñado que debes tocar a la puerta en vez de ponerte a gritar como un loco?

Titán enderezó a Albo, a quien había derribado para frenar su avance. Y, agarrándolo de la rubia cabellera, aplastó su cabeza contra la puerta de la gran choza. Una, dos y hasta tres veces, hasta que notó la puerta ceder. Entonces, Titán pateó el cuerpo sin vida de Albo y derribó por completo la puerta. No se molestó en volver a dirigir su mirada a ninguna de aquellas dos cosas, pasando por encima de ambas para entrar en su antigua casa.

Y, frente a él, encontró finalmente al objeto de su odio. El Que Ríe.

Su tío hacía honor a su nombre, mientras miraba alternativamente a Titán y al cadáver de su subordinado.

—Vaya... Hola, sobrino. Veo que mis fieles no exageraban cuando me hablaban de tu fuerza.

Titán no se lo pensó y se lanzó contra él. Sin embargo, no llegó a tocarle. Algo que Titán sintió como manos invisibles lo tiró contra el suelo y lo inmovilizó. Tras esto, lo fueron arrastrando dolorosamente hasta la pared más alejada de El Que Ríe y lo estamparon contra ella, inmovilizándolo de nuevo.

—Pobre sobrino. ¿De verdad pensabas que mi Maestro me dejaría a merced de un bruto ignorante como tú? Él siempre me cuida...

—¡No me importáis nada ni tú, ni tu impío maestro! Os destruiré a ambos.

El Que Ríe emitió una estruendosa carcajada.

—Eres tan estúpido como tu padre, Titán. Y, si conocieras el poder del Maestro, no sólo no te enemistarías conmigo, sino que te unirías a mí.

¿Qué se uniría a él? El solo hecho de que su tío creyera eso era una prueba más de su locura.

—¡Jamás me uniré a ti! ¡Eres un asesino! Has matado a mi gente. A mi padre. Incluso a tu propia madre. ¡Malnacido!

La risa de su tío volvió a llenar la estancia.

—Tu apego por ellos es una muestra de debilidad, sobrino. Eres tan débil como tu padre

Titán luchó contra aquello que le mantenía preso.

—¡Suéltame y veremos quién es el débil!

—¡Je! Débil y estúpido —El Que Ríe se encogió de hombros—. En fin, ahora haré que los heraldos del Maestro te desmiembren y luego iré a por quién sea que haya venido contigo.

Titán escuchó el ruido de las flechas impactando, así como los gritos de los hombres sonrientes. Al menos sabía que seguía viva. Por ahora. El Que Ríe continuó:

—Después... bueno, supongo que cogeré a los supervivientes y conquistaré otra tribu para mi Maestro. O puede que los sacrifique a todos en su nombre. Decisiones, decisiones...

Su repugnante sonrisa no se borraba en ningún momento. Sólo se ensanchaba más y más. Mientras, Titán no podía dejar de pensar en que esas manos invisibles que le sujetaban le estaban tocando. Al principio supuso que eran espíritus malignos y, sin embargo, los sentía demasiado físicos. Aprovechó que una de esas manos lo agarraba por su muñeca y alargó los dedos, intentando tocar el lugar donde debería estar el brazo que la acompañaba. Su sorpresa fue mayúscula al notar que, en efecto, allí estaba. Un brazo invisible sí. Pero material, pues podía tocarlo.

Forcejeó con más ímpetu que antes, hasta que logró soltar uno de sus miembros y golpeó, al fin, a la entidad que le sujetaba. Lo hizo con todas sus fuerzas y, una vez que fue libre, corrió hacia su tío. Aquellas criaturas invisibles trataron de detenerlo, pero se fue zafando de ellas una y otra vez. Incluso llegó a levantar a una de ellas y a lanzarla contra la otra. Y, pese a no poder verla, acertó de lleno.

Titán agarró a su tío por el cuello y lo levantó varios centímetros por encima del suelo.

—Esto es por mi padre. Y por todos aquellos a los que has destruido. Titán comenzó a apretar lentamente, pero con fuerza. Sintió cómo las entidades corrieron hacia él y empezaron a golpearle y arañarle desesperadamente. Pero, pese a todo, Titán no aflojó ni un ápice. Simplemente siguió cerrando las manos en torno a la garganta del hombre que tanto sufrimiento le había provocado. Si bien el bastardo seguía sonriendo, los gruñidos que emitía no transmitían que sintiera ningún tipo de placer. Complacido, Titán terminó de cerrar el agarre, rompiendo el cuello de El Que Ríe de una vez por todas. Ahí fue cuando ese monstruo murió y todo habría terminado con eso... de no ser porque, justo antes

de exhalar su último aliento, El Que Ríe levantó rápidamente un mano y tocó la frente de su sobrino con los dedos índice y corazón.

Titán le soltó y su cadáver se precipitó contra el suelo, pero el gigante no lo notó. Su mente ya no estaba en la choza. Su conciencia viajó por lo que parecía el cielo nocturno, oscuro y plagado de estrellas pero interminable, como si no fuera una simple capa que cubriera la Tierra. Él no lo sabía, pero estaba viendo el espacio exterior. Atravesó leguas y leguas de distancia, contemplando una infinitud de esferas colosales de diversos colores. Titán se precipitó hacia una de ellas y entró en un mundo extraño, perdido en esa inmensidad cósmica. El cielo allí era violeta, la tierra roja y, los mares que se divisaban en el horizonte, amarillos. Pero Titán apenas los vio antes de percatarse de que, frente a él, se alzaba una figura que formas antinaturales, que no habría podido describir ni como humana, ni como animal.

No se parecía a nada que Titán hubiese visto jamás, pero estaba seguro de que era algo vivo y también, algo pensante. Y entonces esa cosa le habló... Cuando Titán volvió junto al cuerpo inerte de su tío, ya no era el mismo hombre que se había ido. Sabía que sólo habían transcurrido unos escasos segundos, pero para él habían sido milenios. ¡Y cuánto había aprendido en esos milenios! El maestro no era ningún espíritu maligno. ¡Era un dios! Uno generoso y compasivo, que les daba a todos sus adeptos la oportunidad de entender la insignificancia de la realidad y, liberados ya de ideales y creencias vanas, disfrutar de una existencia disoluta, venerándolo de las formas más creativas que unas criaturas tan inferiores como los humanos eran capaces de concebir. Titán siempre recordaría cómo corrió eufórico a explicarle estas verdades otrora ocultas a Llama. ¡Ah! Su querida Llama... esa mujer nunca supo cuanto la amaba, de la misma forma que jamás pudo entender ni una sola de las revelaciones de su Maestro. Ni siquiera cuando tuvo que matarla, quebrando su cuello como lo había hecho con el de su tío, desapareció el desconcierto de aquellos ojos marrones como el interior de la Tierra. Pero Titán no lo lamentó. ¡No tenía tiempo! Su Maestro le había encargado una tarea muy importante. Y lo único que él podía hacer era reírse.

# EL TÓTEM DE PIEDRA

POR EDDIE HAMILTON

\* \* \*

Frío. Oscuridad. Mucho frío y oscuridad.

El clima es gélido y apenas ves más allá de tu nariz, todos saben que es peligroso salir afuera antes del alba. Pero tienes hambre, la tribu necesita comer. Los breves instantes de oscuridad previos al alba son idóneos para capturar alguna presa desprevenida.

Te ruge el estómago. Duele. No has comido nada desde que el sol se alzó por última vez. Necesitas cazar algo. Tus manos, sucias y llenas de cayos, atan con torpeza la afilada piedra a la rama. Lo suficientemente afilada para desgarrar la carne y despellejar.

Antes de partir, te despides de tu hembra y tus crías, de forma afectuosa presionas tu frente contra la suya. Gruñes en reconocimiento al resto de cazadores que parten para poder alimentar a sus familias y al grupo. Te estremeces cuando el viento helado muerde tu piel, como afilados dientes de alimañas clavándose en tus carnes. Tus pieles apenas pueden protegerte.

La oscuridad es un manto que, a la vez, te protege de depredadores y te deja vulnerable ante ellos. Corres lo más rápido que puedes, lanza en mano, pues detenerse un mísero instante para recuperar el aliento podría dejarte a merced de las bestias.

El denso follaje de los árboles, altos como montañas, impide que la tenue luz de la luna se cuele entre las numerosas hojas y ramas. Estás envuelto en sombras, pero, aun así, sigues adelante, atento a cualquier ruido, forzando los ojos para avistar cualquier animal al que puedas pillar desprevenido.

Pasa el tiempo y no dejas de moverte, sigiloso como un gran felino. Tienes los dedos de las manos y los pies entumecidos por el frío. No sientes nada en ellos, pero, a la vez, te duelen; es un dolor vacío y persistente, que se hace aún más grande según vas avanzando. Notas pinchazos en el estómago, como si un



enorme agujero se hubiese formado dentro de ti y te estuviese devorando por dentro.

Un gruñido profundo te distrae de tu dolor y provoca que se te erice el vello corporal. La sangre en tus venas se vuelve gélida como el hielo, y en tu cerebro empiezan a brotar las semillas del terror. No sabes qué es, pero es grande, está hambriento, y a diferencia de ti, él si puede verte.

Tu instinto más básico y primitivo te ordena que huyas, y eso haces. En mitad de la noche, solo pueden oírse tus pies, chocando contra el suelo, y el retumbar de las pisadas de esa criatura, dándote caza. Apenas puedes ver dos palmos frente a ti, notas como las ramas con las que chocas te arañan la piel, provocando ligeros rasguños. Los pulmones te arden de tanto correr, sientes que te va a estallar el pecho del esfuerzo, la bestia te está dando alcance, cercando la distancia entre vosotros. Sientes su cálido aliento en la nuca, puedes oler la sangre y la podredumbre que emana de él.

Hasta que, de repente, dejas de olerlo y oírlo. Pero no paras de correr, no puedes. Corres hasta que, literalmente, llegas hasta el final del camino. La masa de hojas y ramas se ha despejado, permitiendo que la luna y las estrellas iluminen el entorno. Frente a ti, hay una cueva. Los rayos de la luna chocan sobre la piedra caliza, dándole un brillo místico. Una luz que te atrapa y te incita a entrar, porque sabes que es imposible resistir a su encanto.

El suelo está frío y húmedo, a cada paso que das se vuelve más pegajoso. Un fuerte y desagradable olor, mezcla de podredumbre, carne quemada y sulfuro, invade tus fosas nasales, produciéndote arcadas. Deberías irte, una voz en tu cabeza te grita para que salgas corriendo de allí, lo más rápido que puedas, y que no mires atrás. Pero, una extraña presión en tu cráneo, cada vez más fuerte, te impulsa a seguir adelante. Durante un breve periodo de tiempo, no ves nada más que el brillo viscoso de las paredes, estrechándose cada vez más, generando una sensación claustrofóbica que te atrapa.

Finalmente, llegas a una amplia sala. El hedor ahí es más fuerte y, aunque crees que te vas a desmayar de la peste, sigues adelante, embelesado. El suelo está recubierto de algo duro, que cruje cuando le pones los pies encima. No parecen ser rocas, pero tampoco puedes ver lo suficientemente bien para identificar su composición. La presión en tu cabeza se va haciendo más y más insoportable, notas que tus ojos te palpan, el cráneo te aprieta como si te fuera a explotar. Aun así, sigues hacia el centro.

En medio de esa abertura en la caverna, se sitúa, alto y orgulloso, un tótem de piedra. Su brillo de ébano y sus complejos diseños tallados hacen que te duela la vista, pero no puedes apartar la mirada, no quieres. Es lo más hermoso que has visto en tu vida; por un segundo te olvidas del hambre, del dolor de cabeza, del frío, del miedo. En el universo, solo estáis tú y ese tótem.

Sientes su llamada, puedes percibir como se dirige a ti, sin pronunciar palabra. Vuestras mentes y almas están conectadas, estabais predestinados a encontraros en esta vida y en mil más. Sabes lo que debes hacer.

Y el dolor de cabeza se va.

No es fácil contentar a tu deidad, una divinidad de su categoría exige ofrendas específicas que tú estás más que dispuesto a darle. Porque solo eres tú, su único y fiel mensajero, la única criatura capaz de satisfacerle.

No recuerdas como saliste de esa cueva, ni siquiera recuerdas por qué entraste, lo único que ocupa tu mente es el tótem y sus retorcidas formas, su brillo etéreo y su potente olor. Debes contentarle, has sido puesto en este mundo con la sola misión de cuidar del tótem.

El dolor de cabeza vuelve. Paulatinamente, va creciendo hasta pasar de ser una ligera molestia a una sensación insoportable.

Empiezas a llevarle regalos. Ofrendas. Muestras de tu fidelidad y compromiso. Le adoras, le amas, deseas complacer todos y cada uno de sus caprichos. Tus manos están manchadas de la sangre del tierno animalito que exhala su último aliento a los pies del tótem. Notas como la vibración en tu cabeza disminuye hasta volverse muda, al tótem le agrada tu presente. No tiene rostro, pero sonríe complacido.

Aunque esa felicidad es breve.

Necesita más, ansía más. Nunca es suficiente. Él es apetito y solo tú puedes saciarlo. Sigues enviándole regalos, cada vez más grandes, cada vez más difícil de enfrentar. Pero todo es poco para él. La desesperación se apodera de ti ¿Qué puedes hacer? ¿Por qué nada es suficiente? Notas un ligero pinchazo en el cabeza, seguido de un zumbido; está volviendo, no eres lo suficientemente bueno para tu señor. El tótem lo sabe, pero se apiada de ti y decide darte una nueva oportunidad. Sabes lo que debes hacer. Tu señor te lo ha pedido y tú estás dispuesto a darle todo lo que desee.

Al principio no te resulta fácil convencer a la tribu, pero, con la simple promesa de no volver a pasar hambre, se acaban dando por satisfechos. Es una

medida desesperada, pero sabes que muchas manos cazan mejor que dos. El tótem tiene un hambre insaciable, y tú solo no puedes proporcionarle sustento sin ayuda. Eres su único mensajero, tu misión es difundir su palabra entre los ciegos de espíritu y los sordos de verdades. Pero la tribu no puede presentarse ante él sin regalos. Sería un insulto, una ofensa, un ultraje.

Como si fueras un chamán, guías a tu tribu a través de la oscuridad hacia los confines del bosque, donde la cueva y el divino morador de las tinieblas aguardan tu llegada. Casi podías sentir su desconfianza y su fascinación cuando llegasteis a la entrada de la gruta. Entendías esa sensación, ya que en su día tú también fuiste hereje. Al final, acaban entrando, fascinados por los brillos fantasmales y tu confianza al andar.

Los pasajes que antaño se te antojaron húmedos y claustrofóbicos ahora son cálidos y acogedores, el hedor y viscosidad de los efluvios que recubren las paredes rocosas ahora te proporcionan una sensación reconfortante y segura. Estás en casa.

Sientes un cosquilleo nervioso en la boca del estómago al pensar en presentar a tu gente ante tu señor. Tu señor se sentirá complacido al saber que tiene un siervo tan fiel que difunde su palabra entre los suyos.

La enorme sala parece vacía y tan apagada. El tótem permanece en el centro, irguiéndose solitario en un mar de elementos imposibles de identificar. Es una escena desoladora. Tu tribu avanza, fascinada, hacia el centro de la sala; murmullos atónitos en un lenguaje ya olvidado delatan su admiración hacia el tótem. Se sienten cautivados, tal y como tú lo estuviste en su día. Deberías estar contento. Has proporcionado múltiples manos de obra para colmar los caprichos de tu señor. El tótem nunca volverá a pasar hambre.

Sin embargo, las expresiones en las caras de los miembros de tu tribu no te gustan, pues provocan que algo se remueva en tu interior. Sientes celos. Tu mano aprieta la lanza con tanta fuerza que crees que romperás el palo. No lo soportas, lo odias, lo odias con todas tus fuerzas. Notas como la sangre te hierve y la cabeza te late con fuerza. Es ensordecedor; no puedes soportar más la presión. El tótem no es para ellos, no deberían poder admirarlo, eso es solo para ti, solo para tus ojos.

Tu mano está apretando la piedra afilada de la lanza con tanta fuerza que notas como un reguero de sangre fluye entre tus dedos hacia el suelo. Pero no lo notas. No notas el dolor, ni la rabia. Tampoco eres consciente del modo en el

que te acercas a tu pareja y le cercenas la garganta, provocando que un chorro de sangre te empape el rostro y el pecho. Los demás miembros gritan horrorizados, tus crías lloran, tú ya no puedes oírlas. Uno a uno, vas dándoles caza, hundiendo la afilada piedra en sus carnes; a veces incluso usas tus propios dientes para desgarrar la piel. Puedes escuchar el gorgoteo del anciano de la tribu mientras se ahoga en su propia sangre.

Muchos intentan huir, algo imposible, dada la impenetrable oscuridad de la cueva. Otros tratan de enfrentarse a ti en un fútil intento de salvar su pellejo. Pero ninguno lo consigue.

No puedes pensar, no puedes oír nada, solo el zumbido de tu cráneo luchando por salir. Pero eres feliz, tu señor te alaba, tu señor te va a recompensar. Tu cuerpo se mueve de manera descoordinada y salvaje alrededor del tótem, en una descoordinada danza ritual, preso de un fervor casi religioso. Tus pies pisan los huesos, piel, vísceras y sangre de aquellos a los que en su día llamaste familia. Esa palabra se te antoja lejana. Tú no tienes familia, solo vives para el tótem, no necesitas a nadie más.

La presión en tu cabeza sigue aumentando y aumentando, cada vez es más insoportable, quieres arrancarte los pelos y la piel, abrirte el cráneo para que tu cabeza tenga un hueco por el que respirar. Empiezas a ver manchas negras en tu campo de visión.

Tu cabeza explota, un millón de pedazos viscosos se esparcen por toda la sala y salpican al tótem. Tu cuerpo sin cabeza cae inerte al suelo.

Solos tú y el tótem, por siempre.



# ESA LLUVIA QUE TRAJÓ A LA NOVIA

POR PABLO ALMONACID MARTÍNEZ

\* \* \*

—Jacinto —dijo Mónica, su cuidadora, elevando el tono para que pudiese oírlo mientras acababa de lavar los cacharros de la cena—, mañana a las ocho de la mañana vuelvo, ¿vale? No te acuestes muy tarde —añadió con una sonrisa—. Ya sabes que si necesitas cualquier cosa me puedes llamar por teléfono a cualquier hora, que vivo cerca.

—Marcha en paz, mujer. No te preocupes, no te daré por saco hasta mañana. Jacinto sonrió y tosió; las humedades empezaban a pasar factura a su salud. Se vistió el batín para abrigarse, sin llegar a atárselo, manteniéndolo en el sitio cruzando los brazos.

Eran las nueve de la noche de un martes.

Mónica le devolvió la sonrisa y se despidió de nuevo, intranquila, como se quedaba siempre que lo dejaba solo. Al abandonar la casa, cerró por fuera con llave, un acuerdo al que le costó llegar con él. Por su experiencia profesional, sabía que las personas con alzhéimer son excursionistas natas y, aunque Jacinto aún podía valerse por sí mismo la mayor parte del tiempo, toda precaución era poca.

Jacinto se quedó solo en el salón.

Cuando Mónica se iba, el silencio que dejaba tras de sí parecía ejercer la presión suficiente como para hacer estallar la casa. Llovía, pero hacía ya dos semanas de chubascos ininterrumpidos —los expertos incluso la habían catalogado como «anomalía climática»— y Jacinto ya había interiorizado aquel incesante sonido hasta el punto de obviarlo por completo. Se olvidaba también con facilidad de las cada vez más grandes y numerosas humedades que invadían la pintura de las paredes y el techo, incluso algunos muebles y zonas del parqué. El olor a pantano era algo a lo que también había acabado acostumbrándose. Las humedades aparecieron con el inicio de la lluvia. Como regresaban al poco

tiempo de quitarse, los del seguro decidieron que retomarían la batalla una vez acabasen las constantes lluvias torrenciales.

Siempre que la puerta se cerraba al irse Mónica, Jacinto se quedaba un rato de pie, pensativo, hasta que dirigía sus pasos hacia algún lugar. En aquella ocasión, el hombre acabó frente al pequeño altarcito que había montado dentro de una vieja vitrina en memoria de Luisa, su difunta esposa. La mano le tembló un poco cuando giró la llave de la puerta acristalada para abrirla. Cogió el pequeño relicario, que siempre estaba abierto mostrando fotografías deslucidas de ambos en su juventud, y acarició la imagen de su esposa con el pulgar antes de dejarlo en su sitio. Había otros objetos que conmemoraban a Luisa: un mechón de su cabello, joyas, una servilleta de tela cuidadosamente doblada con las iniciales de ella.

De vez en cuando aparecía algún elemento extraño que Jacinto no recordaba haber puesto ahí, aunque a esas alturas ya había asimilado que no debía confiar demasiado en su memoria. Se limitaba a retirarlo con una mueca de desdén. En esta ocasión se trataba del corcho de una botella de vino. «Viejo loco, en qué andarías pensando para poner esto aquí», se dijo.

El altar estaba coronado por una fotografía del día de su boda, tomada a la entrada de la basílica de San Vicente, en Valencia. Él vestía un traje hecho a medida y lucía una juventud que se remontaba a varias vidas atrás. Ella, con su vestido de novia, era parecía la fuente de luz que alumbraba la imagen. Siempre que miraba aquella foto sabía que podría olvidarse de muchas cosas en esta vida, pero nunca de Luisa. La besó y regresó la fotografía a su lugar, aunque le costó un poco dejarla perfecta debido a los temblores.

Jacinto cerró la vitrina y se dirigió a la butaca en la que solía sentarse para ver la tele. Caminaba despacio, renqueando y tosiendo. Observó las manchas de las humedades que moteaban su casa de colores repugnantes. Incluso la tela de la butaca parecía haberse oscurecido y humedecido. Antes de sentarse, como la ventana quedaba justo al lado de la butaca, bajó la persiana; la idea de que los vecinos de enfrente pudiesen verlo cuando se quedaba solo le hacía sentir cierta vergüenza. Jacinto se sentó entonces, con movimientos lentos y cuidadosos, y encendió la televisión, arrebuajándose en su batín. Cambió varias veces de canal hasta dar con uno en el que echaban un capítulo antiguo, mil veces ya repetido, de una serie cómica a la que él no terminaba de verle la gracia, pero le hacía compañía. Con aquellas imágenes y sonidos de fondo, trataba de

pescar en su memoria todos los recuerdos que podía de Luisa. Cuando tenía uno, se recreaba en él todo cuanto podía. Entonces lo soltaba y lanzaba de nuevo la caña para recuperar otro: la primera vez que salieron juntos, conversaciones eternas y peleas tontas, los viajes que hicieron y los que se quedaron en meras fantasías...

Jacinto mantenía la mirada perdida en el televisor, que iluminaba parcialmente el salón con intensidades dispares de colores fríos, mientras su mente vagaba errante a millones de kilómetros de tiempo. Y así, con el sonido de fondo de la lluvia repiqueteando contra la persiana, se quedó dormido.

Todavía era de noche cuando despertó. Lo primero que sintió al volver en sí fueron unos dolores de cabeza y pecho horribles, como nunca antes los había sufrido. Su cerebro parecía latir con violencia y hacerse más grande por momentos, como si pretendiese romper su celda de hueso. Los pulmones le ardían con cada respiración. Se dio cuenta de algo más: algo que solo habría acertado a describir como «lombrices» se extendía por el interior de su cuerpo, agrupándose en las extremidades. Tosía con fuerza y, si la respiración le quemaba los pulmones, las toses las sentía como un torrente de magma que subía hasta la garganta incinerándolo todo a su paso. También empeoraban su dolor de cabeza. ¿Qué demonios le estaba sucediendo? ¿Era posible enfermarse tanto en tan poco tiempo? Pensó en llamar a Mónica. Aunque había prometido no molestarla, y siempre intentaba no hacerlo, aquella era, sin duda, una urgencia.

Sin embargo, cuando trató de incorporarse para buscar su teléfono, se dio cuenta de que era incapaz de moverse. Cuanta más fuerza hacía para tratar de levantarse, más notaba a esos extraños gusanos luchar de algún modo para retenerlo en el sitio. Trató de mantener el temple convenciéndose de que algo así solo podía ocurrir en una pesadilla, que debía estar soñando. Fue entonces cuando reparó en el televisor. Las imágenes mostraban una especie de documental de naturaleza sin narración. Las escenas iban sucediéndose en silencio, mostrando algo similar a una jungla de cuerpos carnosos de formas y colores extravagantes. Parecían hongos, algunos se movían y desplazaban, e incluso volaban. Aunque a Jacinto aquellas imágenes le resultaban repugnantes y grotescas, no fue capaz ni de ladear la cabeza ni de cerrar los ojos; las «lombrices» se lo impedían.

La lluvia arreciaba por momentos. El hombre se levantó de la butaca, solo que no lo hizo por voluntad propia: sus movimientos estaban siendo dirigidos desde el interior de su cuerpo. Intentó gritar, fue imposible. Caminó despacio y de manera torpe hasta la pared que quedaba detrás del televisor y las palmas de sus manos se pegaron a ella con fuerza, como si trataran de derribarla. Quiso oponer resistencia, pero su cara se acercaba cada vez más a una mancha de humedad particularmente repulsiva. Cuando tuvo la pared a escasos centímetros de su cara, su boca se abrió. No pudo evitar que su lengua lamiese aquello... y despertó.

Jacinto sintió que había dejado atrás una pesadilla terrible. La cabeza y el pecho ya no le molestaban lo más mínimo y había recuperado el control de su cuerpo; ya no sentía aquellas cosas en su interior. No obstante, sí se había despertado apoyado en aquella misma pared, que ahora se encontraba homogéneamente cubierta por la humedad. Por lo que observó toda la casa lo estaba. A juzgar por el nauseabundo sabor en su lengua, el lametón también fue real.

Cuando Jacinto se dio la vuelta, el terror volvió a apoderarse de él; o seguía durmiendo o se había vuelto definitivamente loco: un corro de hongos blancos donde debería estar la butaca rodeaba lo que parecía ser un huevo similar al de las serpientes, con una tela elástica y correosa en lugar de cáscara. Aquel extraño huevo creció hasta alcanzar el metro de altura frente a un Jacinto inmóvil de perplejidad.

La superficie de la cosa ovoide se rajó por arriba y un tallo lechoso, rematado por una cabeza más gruesa, empezó a alzarse. Fue entonces cuando Jacinto echó a correr cuanto pudo —que no era mucho— hacia la puerta principal. Sin embargo, fue incapaz de abrirla. Recordó entonces que Mónica la cerraba siempre con llave. Fatigado y asustado pasó de nuevo junto a lo que estaba desarrollándose en su salón en dirección a la ventana. La cabeza del tallo —que ya era casi tan alto como el propio Jacinto— se había abierto en forma de campana, desplegando hacia el suelo una estructura de encajes imbricados que lo envolvían. Los hongos menores que trazaban el círculo a su alrededor habían empezado a chorrear una sustancia muy parecida al alquitrán. El televisor mostraba la imagen de lo que parecía ser el interior de una iglesia construida con roca, madera y masas orgánicas. Allí donde debían hallarse los bancos, en su lugar había dos agrupaciones de cuerpos fungoides que respetaban un pasillo



central. Jacinto trató de ignorar todo aquello, incluso el creciente olor a carne podrida, en su avance hacia la ventana. Solo podía pensar en asomarse y pedir ayuda.

Cuando por fin alcanzó la persiana y la abrió, el paisaje más allá de la ventana lo dejó sin capacidad de reacción. Aferrado aún a la correa, el temblor de su barbilla era todo el movimiento que su cuerpo podía realizar. Hasta donde alcanzaba la vista se extendía, bajo un cielo de nubes púrpuras, la misma jungla de hongos que había visto en el televisor. La lluvia golpeaba inclemente su cuerpo y salpicaba el interior del piso, y la peste a lodo y descomposición convertían el aire en un fluido asfixiante. El mar de hongos estrafalarios parecía no encontrar fronteras. Entre ellos se intuía el movimiento de cuerpos deambulando. Las siluetas de unas criaturas voladoras se recortaban contra los nubarrones. ¿Qué le había pasado al mundo? ¿Era acaso *su* mundo? ¿Podía la demencia provocar esa clase de alucinaciones? Algo tocó la mano izquierda de Jacinto, que se agarraba con fuerza al alféizar de la ventana: un escarabajo al que le faltaban las alas y de cuyo abdomen, abierto como si de una bañera se tratase, emergían unos cuantos hongos finos y esbeltos. Jacinto retiró la mano, asqueado, y aprovechó la ruptura de su estupor para alejarse de la ventana, dar media vuelta y...

Allí estaba Luisa.

Asombrosa en su vestido de novia, en la basílica de San Vicente. Frente a él, en el altar. Era el día de su boda.

Jacinto miró a un lado y vio a todos los invitados, expectantes; al otro, el padre Nicolás lo observaba a él con una sonrisa. Intuía los rasgos radiantes de Luisa tras el velo. Flores y ornamentos religiosos adornaban el altar bajo la luz cálida de las velas. El hombre se miró las manos, unas manos tan jóvenes y tersas como ya no las podía recordar. Todo él se sentía joven de nuevo. Y, entonces, Jacinto lloró.

—Luisa... —fue cuanto pudo articular. El sacerdote comenzó a hablar:

—Hermanos, ustedes han venido a esta iglesia para que el Señor consagre el amor que se tienen. Para que yo, sacerdote y ministro de Dios, los bendiga. Para que los presentes seamos testigos del compromiso que van a contraer.

Ya no importaba si aquello era un sueño o una ilusión creada por su mente rota. Él *estaba* ahí, con ella. Y habría firmado por vivir en aquella visión para siempre.

—... Así pues, ante esta comunidad cristiana que representa la iglesia, yo les pregunto: Jacinto y Luisa, ¿han venido a contraer matrimonio por su libre y plena voluntad y sin que nadie ni nada los presione?

—Sí, vengo libremente.

La voz de Luisa, tantos años sin escucharla, hizo que Jacinto pudiera sentir la sangre corriendo por todo su cuerpo, cálida, y el estómago se le contrajo en nudo por los nervios. Pero tragó saliva, carraspeó y dijo:

—Sí. Vengo libremente.

Luisa le cogió las manos. Las de ella estaban enfundadas en unos finos guantes blancos que le llegaban hasta el brazo.

El padre Nicolás prosiguió con la liturgia y los novios se entregaron los anillos ante unos invitados que casi no podían contener la emoción. Jacinto sintió algo espeso bajo los pies, levantó la suela y miró: parecía haber pisado un chicle negro y enorme. Luisa le alzó de nuevo la cara con un gesto delicado de sus dedos, apoyándolos en la barbilla de él. Jacinto estaba deseando poder verla sin el velo. Y llegó el momento:

—El ritual matrimonial —continuó el sacerdote—, con la develación de la novia, es signo de entrega y pertenencia a su esposo.

Frente a Jacinto se alzaba, alta y majestuosa, La Novia en todo su esplendor: un fungoide depredador con un velo pálido que envolvía su figura. El salón había sido colonizado por cientos de hongos y redes de micelios que brotaban en cada superficie y rincón. El televisor continuaba mostrando aquella iglesia semi-orgánica y a los aberrantes invitados que la ocupaban.

Jacinto aún se encontraba ante Luisa, en el interior de la basílica de San Vicente.

—A la vez, los nuevos esposos se dan un beso como expresión de su amor y consumación de los ritos celebrados.

Jacinto descubrió el rostro de Luisa. Resquebrajando con facilidad el velo de La Novia.

Qué hermosa era. Más incluso que en las fotografías, que en absoluto le hacían justicia.

El velo de La Novia continuó abriéndose hasta la parte más baja, que alcanzaba el suelo. Del tallo que era su cuerpo se desplegaron dos extremidades que se ramificaban en flagelos prensiles. Se estiraron hasta poder agarrar al hombre de la cara.

Jacinto correspondió el gesto de Luisa y también apoyó las manos en la cara de su esposa, sintiendo la suavidad de su piel.

La cabeza de La Novia era un bulbo sin rostro de superficie blanca y fina contra la que se adivinaba algo retorciéndose en su interior. La tela del bulbo se abrió como una flor de cuatro pétalos, liberando tres apéndices rojos, impregnados de una mucosa oscura, y una ráfaga de olor a muerte.

Luisa y Jacinto acercaron sus rostros. A él lo embriagó el aroma floral de su esposa y, entonces, se besaron mientras la multitud de invitados aplaudía. Las tres lenguas pestilentes de La Novia tantearon la cara del hombre hasta que una de ellas se introdujo en su boca.

El beso de Luisa empezó a convertirse en algo desagradable. La lengua de su esposa irrumpió con violencia, y la sintió como si de una enorme sanguijuela en busca de alimento se tratara. El sabor de aquello le producía arcadas. Era incapaz de desembarazarse del agarre de Luisa, que le clavaba las uñas en la cara, apretándolo contra ella con fuerza. Tampoco podía mover los pies; los sentía pegados al suelo. La ilusión de la iglesia se desvanecía poco a poco mientras el sonido de los aplausos iba alejándose. Jacinto se encontró de nuevo en el salón de su casa, apresado por las garras y una de las lenguas de La Novia; las otras dos seguían escudriñando y babeando su rostro. Golpeó a la criatura con todas sus fuerzas, pero su cuerpo volvía a ser el de un anciano y fue incapaz de zafarse. Sus pies permanecían adheridos al suelo debido a la sustancia oscura que exudaban los hongos del corro que rodeaban a ambos; el interior del círculo se había convertido en un charco de aquella viscosidad. Finalmente, las dos lenguas de La Novia que habían estado recorriendo su cara le presionaron los ojos y se introdujeron por sus cuencas. Lo último que Jacinto escuchó fue el rugir de una algarabía animada, que se trenzaba con el diluvio y con sus propios gritos, que provenía del televisor y de más allá de la ventana, de aquella repulsiva tierra de hongos.

Mónica llegó a la casa de Jacinto a las ocho de la mañana del día siguiente. Por fin había dejado de llover. La cuidadora halló el cadáver del hombre en el suelo del salón, entre el televisor y la butaca. La impresión le produjo un vahído que casi acaba en desmayo. Supo más tarde, por las noticias, que habían aparecido más muertos en sus hogares, en condiciones similares, a lo largo y ancho de las zonas afectadas por aquella extraña lluvia. El cuerpo de Jacinto se encontraba invadido por toda clase de hongos que brotaban de su carne y su

ropa. Algunos de ellos eran llamativos «dedos del diablo», de los cuales uno había crecido dentro de su boca, provocando la ilusión de que el hombre tenía tres lenguas. Otros tantos eran «matacandiles» pringosos que embadurnaban parte del cuerpo con su tinta. Muchos de ellos pertenecían, no obstante, a especies nunca antes vistas. Los hongos se extendían también por la madera podrida del suelo en torno al cuerpo del hombre.

Del centro del pecho, le crecía a Jacinto un hermoso ejemplar de *Phallus indusiatus*, conocido popularmente como «velo de novia».